Edición Fediverso

Origami

DANIEL PRIETO

Origami

—

Primera edición: ©2023 - Daniel Prieto
Edición Fediverso: ©2025 - Daniel Prieto
ISBN: 9798370378980

Este libro se distribuye bajo una Licencia Creative Commons CC BY-NC-SA 4.0.

Prohibición de uso para entrenamiento de IA

Ninguna parte de este libro puede copiarse, almacenarse, transmitirse ni utilizarse de ningún otro modo, ya sea digital o físicamente, con el fin de entrenar modelos de inteligencia artificial, sistemas de aprendizaje automático o cualquier tecnología basada en datos, ya sea comercial o no, sin el consentimiento previo, explícito y por escrito del autor. Esto incluye, entre otros, el uso de contenido textual para aplicaciones generativas, analíticas o de minería de datos. Cualquier uso no autorizado para tales fines queda estrictamente prohibido y constituye una violación de los derechos de propiedad intelectual del autor.

Aviso de Ficción

Esta es una obra de ficción literaria. Aunque puede hacer referencia a eventos históricos, lugares o figuras reales, dichos elementos han sido adaptados, modificados o ficcionalizados con fines narrativos y dramáticos. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o fallecidas, o con hechos reales, es puramente coincidente o ha sido intencionadamente reinterpretada. Este libro no pretende ser un relato fidedigno de la historia y no debe ser entendido como tal.

Nota del Autor

El autor expresa su profundo respeto hacia todas las culturas, religiones, etnias, identidades de género y sistemas de creencias mencionados en esta obra. Si bien algunos elementos reflejan contextos históricos reales, su representación responde a fines narrativos y no a una documentación precisa de los hechos.

Si la representación de temas sensibles, incluyendo injusticias históricas o tensiones culturales, llegara a causar ofensa de forma no intencionada, el autor ofrece sus más sinceras disculpas. Estas representaciones buscan abordar la complejidad del ser humano sin perpetuar daño alguno o revictimizar a nadie, y se invita a los lectores

a interpretarlas dentro del marco de una narrativa especulativa.

Créditos

Imagen de portada:

©2015 - Andy Morffew / Flickr.

"Booted Racket-tail Hummingbird (Female)"by Andy Morffew is licensed under CC BY 2.0.

Fuente tipográfica accesible: Atkinson Hyperlegible - ©2019 Braille Institute

Escrito en LaTeX en un entorno GNU/Linux sobre una plantilla de Luis Cobo (luiscobogutierrez@gmail.com) con modificaciones mayores de Vel (vel@latextemplates.com) distribuída bajo licencia CC BY-NC-SA 3.0.

Angelito

Una prematura noche empapada por la llovizna, caminaba por una calle insignificante llena de casas con antiguas aberturas altas y opacos ventanucos de sótanos con olor a humedad.

En una de ellas igual a todas las demás, vio la puerta abierta y una habitación heladamente iluminada por la luz de un tubo fluorescente. Adentro, un hombre extremadamente delgado, de aspecto sifilítico, con escaso cabello notablemente descuidado y la barba crecida de pocos días, estaba sentado al lado de una mesita. Sobre ella había un plato con un pedazo de queso de corteza roja y un vaso de vino. Los rojos restos de cáscara estaban dispersos por toda la mesa, algunos incluso en el piso. El olor a humedad solo se veía opacado por el del tabaco y la mala vida.

Acostumbrado a la bruma de noches reptilianas y chaquetas de cuero nada de eso le llamó la atención. Cerró la mano, hizo sobresalir el doblado índice del resto del puño y tocó con él la puerta abierta para anunciar su llegada. El hombre desgarbado se levantó de su silla con lentitud y se aproximó.

– ¿Qué quiere? – preguntó toscamente.

– Estoy buscando a Angelito – contestó el otro.

– Soy yo – respondió secamente el hombre.

El otro se apresuró a decir:

– Necesito un arma.

– ¡Fuera de aquí! – replicó el viejo.

– ¡Por favor! Sé que puede ayudarme – insistió el otro.

– ¿Qué quiere? – volvió a preguntar, al ver su desesperación.

– Algo fácil de usar, y que no se pueda rastrear – dijo el otro.

– Si lo encuentran o no, eso ya es problema suyo – dijo Angelito.

– Cuatro mil. Ahora – agregó.

El otro sacó del bolsillo de su chaqueta gastada un rollo de billetes, húmedos por la niebla o la llovizna. Contó el dinero y se lo entregó con bastante recelo. El viejo desapareció unos pocos minutos y, al regresar, entregó una bolsa de papel al otro.

– ¡Largo de aquí! – dijo el viejo.

Cuando Rodolfo abrió la bolsa en su apartamento, observó la vieja pistola nueve milímetros. En un pedazo de papel de diario había envueltas varias balas. Tal vez sería algún rudimento de marketing que empleó Angelito. Tal vez. O una cierta piedad se habría apoderado de él al ver la desesperación de su cliente. Estaba decidido. Dos años y dos meses había ocultado su ira, su dolor, su desgracia. Ahora aplastaría al gusano. La traición lo había corroído por dentro. Lo había deformado, como una goma de mascar que luego de la primer mordida ya nunca volverá a su forma original sin importar cuanto más uno la muerda.

Elena lo había engañado y un dolor profundo, quirúrgico, se apoderó de él. Rodolfo creyó haberlo superado, pero una parte de su ser ya había muerto y ahora se encargaría del responsable.

Cargó el arma, bajó las escaleras, y salió a la calle. Ahora la niebla era tan espesa que no alcanzaba a ver hasta la esquina. No supo cómo, pero estuvo frente a la casa del maldito, y lo vio. Tocó la puerta. El maldito le abrió, y recibió cuatro disparos. Rodolfo salió corriendo, pero no avanzaba. La niebla le impedía ver dónde estaba, hacia dónde se dirigía. Sudaba. Corría frenéticamente pero no avanzaba. Se desesperó. Tal vez lo habían atrapado. Escuchó un disparo y se dio cuenta de que caía. Caía y caía. Antes de llegar a tocar el piso despertó.

La fiebre había pasado. Rodolfo miró a Elena y sonrió aliviado. Recordó la parte muerta de su ser. Sin hacer mucho ruido, se levantó y fue a la cocina. Tomó el último vaso de yogur que quedaba. Abrió la alacena y tomó una bolsa de papel que estaba detrás de varios paquetes de harina. La abrió y miró en su interior. Su mirada se iluminó, y sonrió satisfecho. Metió la mano en la bolsa que le había dado Angelito y lo sacó. Un pequeño queso de corteza roja fue la señal de compasión de aquel viejo Angelito que esa noche veló por él.

Una gota de sol

I

Un mensajero entró corriendo y pidió para ver al prefecto. Éste escuchó el mensaje fue a buscar agua. Se sentó frente a su escritorio y tomó una pequeña tirilla de seda. Sacó de un pequeño baúl una piedra de tinta y una delgadísima pluma de bambú. Puso agua en el extremo profundo de la piedra, y humedeció con ella la barra de tinta. Frotó la barra sobre la laja hasta que logró la textura deseada y se dispuso a escribir. Garabateó unos diminutos caracteres con una hermosa caligrafía. Preparó la tinta roja y firmó con un minúsculo sello. Mientras esperaba que la tinta se secara, se sirvió una taza de té.

Saboreaba la suave dulzura natural del té verde cuando volvió a leer su nota. Al observar los delgados trazos, detuvo su vista sobre el carácter *qian*. Reflexionó sobre la sagacidad de los antiguos para representar su significado, reunión, en esos pocos trazos. Personas, juntas, hablan.

Sintió un gran orgullo por su refinado idioma, y pensó que la lengua debía ser la puerta del pensamiento. Se detuvo un instante a observar los redondeados caracteres con su nombre y rango, tallados con la anticuada caligrafía de sellos heredada de las dinastías Zhou y Qin.

Por una fracción de segundo lo invadió una especie de nostalgia por los siglos que su imponente imperio perdió de florecer, debido a las constantes guerras. Ahora que la sociedad estaba mucho más avanzada, la noticia que escribió lo había incluso alegrado.

Cuando el refinado período de Primavera y Otoño vio su final, comenzó la siniestra época de los Reinos Combatientes. La decadencia de la dinastía Zhou llegó a tal extremo, que la cultura se descuidó, y los escribas se volvieron paulatinamente más torpes e ignorantes. El prefecto recordaba haber leído que el propio Confucio recordaba haber visto durante su juventud escribas que tenían la dignidad de dejar un espacio vacío cuando no recordaban cómo escribir un carácter, pero que cuando su edad fue avanzada, ya no quedaban personas así.

Los escribas ignorantes no tenían pudor, y cuando no podían escribir una letra descaradamente inventaban una. Así, con las sucesivas generaciones de brutos ocupando puestos de escriba, se copiaron cientos y miles de caracteres apócrifos. La lengua escrita se llenó de

signos sin sentido, y se complejizó inútilmente, con gran perjuicio para la etimología. El prefecto recordó que su maestro de caligrafía en la Academia Imperial llamaba a esos vergonzosos caracteres, con velada indignación, *qizi*.

Al terminar la segunda taza de té, consideró que la tinta ya debía estar completamente seca. La tocó cuidadosamente en una esquina con un pincel y se convenció. Tomó la tirilla con su mensaje, y se dirigió al palomar. Aferró con cuidado el mensaje y lo envió, volando sin descanso por los cielos del reino, a su destino en Datong.

II

Cuando el general Yu recibió la noticia fue de inmediato al Palacio a ver al primer ministro.

La señorita Li Xiaoyue estaba bajo el estricto cuidado del eunuco imperial Ruo. Habitaba un hermoso pabellón construido en madera laqueada, cuyas ventanas de papel estaban adornadas con hermosos dibujos en acuarela. Esa tarde, la Srta. Li se encontraba en una especie de balcón, con vista a un pequeño estanque con coloridas carpas, practicando una dulce canción en el pipa. El sonido del viento en el pequeño cañaveral del patio acompañaba la melodía con tanta naturalidad, que el general Yu, transportado por aquellos delicados sonidos, esperó detrás de un bello arbusto a que la joven terminara de tocar antes de aparecer ante ella.

El general nunca la había visto antes, pero su nombre era ya famoso en el Palacio. La joven tendría poco más de quince años, un rostro dulce, y una mirada tan penetrante, que hasta el pragmático Gral. Yu sintió que la joven podía leer sus pensamientos.

Luego de presentarse, el Gral. Yu contó a la Srta. Li que el primer ministro le solicitaba trasladarse a la ciudad fronteriza para encabezar la resistencia al contingente vecino. La joven poseía un intelecto prodigioso, y era reconocida en el círculo de los altos funcionarios como la mejor estratega del Imperio. Se rumoreaba que ya a la edad de ocho años había leído *El arte de la guerra* de Sun Zi, y que a los diez podía recitar los trece capítulos de memoria. La Emperatriz en persona le había obsequiado una edición del libro en tablillas de bambú, y la había convertido en su protegida.

El Gral. Yu mostró a la joven el Decreto Imperial que la nombraba Gran Comendadora, y le entregó el sello correspondiente. Dispuso un palanquín y cuarenta hombres para llevarla, que estarían listos a primera hora de la mañana. Él, personalmente, se encargaría de escoltarla junto a un pequeño escuadrón de fuerzas de élite que

viajaría ocultamente junto a su comitiva. Todo lo demás que hiciera falta sería arreglado en el más estricto secreto, según acuerdo de la Gran Comendadora Li y el Gral. Yu.

Antes de caer la noche, el general envió una paloma al prefecto local indicando que hiciera los preparativos. En treinta y cinco días llegaría la Gran Comendadora, y encabezaría la resistencia.

III

El rey de Koguryo, Jang-su, había asumido el trono a los diecinueve años, tras la muerte de su padre, en el año cuatrocientos trece de nuestra era. El bienestar del reino heredado, y el ímpetu de su juventud lo convirtieron en un reformista. Hizo trasladar la capital a Pyongyang, e instauró el registro oficial escrito de eventos, entre otras grandes reformas.

También fue expansionista. Pocos años antes había enviado un infiltrado a la corte del vecino reino de Paekche, el monje budista Do-rim. El monje era un maestro de *baduk*, conocido como *wei qi* en China, y siglos más tarde como *go* o *igo* en Japón.

El rey de Paekche era gran aficionado al *baduk*, e hizo una gran amistad con su compañero de juego. El traidor convenció al rey de realizar enormes palacios y extravagantes obras públicas. Las suntuosas obras debilitaron las finanzas y recursos materiales del reino, y lo volvieron vulnerable al ataque del rey de Koguryo. En sólo siete días, la invasión de rey Jang-su terminó con el territorio conquistado, y el rey de Paekche muerto. El príncipe heredero apenas logró escapar.

Las habilidades diplomáticas del rey Jang-su eran conocidas fuera de fronteras, pero también sus intrigas. Por esta razón, y por consejo de la Emperatriz, la Gran Comendadora recibiría al enviado.

Se alojó en la casa del prefecto, en un pabellón acondicionado según sus propias instrucciones. Desde allí podía verse la majestuosidad de las montañas que rodeaban el valle donde se encontraba la ciudad, y la llegada de cualquier contingente extranjero. Mandó a preparar la habitación desde la que encabezaría el combate, y dedicó su tiempo de espera a pensar y concentrarse paseando por el jardín.

IV

El primer escuadrón enemigo se asentó en un territorio inesperado, y

comenzó lentamente a expandirse. La Gran Comendadora no tardó en reaccionar. Las tropas, en cada uno de los territorios ocupados, veían sus posibilidades de movimiento limitadas por la estratégica ubicación de las fuerzas defensivas. Así, la guerra se mantuvo en un desplazamiento de tropas hasta que el enemigo tuvo una única alternativa de movimiento. Los japoneses llamarían a esta situación *atari*, siglos después. En ese punto, la Gran Comendadora pidió que se le diera el siguiente mensaje al jefe enemigo:

– ¿Puedes, sin tocar la naturaleza del sauce, hacerlo tazas y cuencos?

Un lapso de tiempo después, cuya duración desconocemos, recibió la respuesta del enemigo.

– *Ahimsa*. La violencia no es natural, por eso no hay que practicarla.

Con esa respuesta, la Gran Comendadora supo quién estaba realmente detrás de las tropas. Probablemente, la pregunta de Mencio que había despachado a su oponente habría hablado también de su propia virtud.

La Gran Comendadora lanzó el contraataque en una ubicación no prevista por el enemigo. La danza de tropas comenzó otra vez, pero pronto las fuerzas del invasor fueron rodeadas astutamente por la Gran Comendadora Li. La velocidad a la que se movían las tropas de Koguryo era famosa, pero la Gran Comendadora no la había experimentado en carne propia.

– El mérito del Bodhisattva que practica la caridad sin anclarse a las apariencias es incalculable, dijo el mensajero del enemigo.

La superioridad táctica y estratégica de la Gran Comendadora había sido reconocida por el líder enemigo. La continuidad de las batallas produjo gran cansancio mental en ambos estrategas. Aún así el invasor intentó varias incursiones más, todas brillantemente contrarrestadas. Más aún, vueltas en su contra. Finalmente, la Gran Comendadora Li obtuvo la victoria.

Ambos oponentes comenzaron a retirar del tablero los pequeños guijarros blancos y negros, y a colocarlos cada uno en su vasija. Prescindiendo de sus intérpretes, como si nunca los hubiesen necesitado, comenzaron a conversar animadamente. El monje explicó que el rey Jang-su quería conquistar aquellos territorios más occidentales, para que en su reino hubiesen más horas de sol. Sin embargo, aquella tarde de paz, pensaron en cómo convencer al rey de que ya era suficiente privilegio que el sol apareciera primero en su país.

Luego intercambiaron regalos personales. El monje regaló a la joven una copia del *Sutra de Diamante* hecha por él mismo, y su propio

rosario budista con cuentas de madera. La Gran Comendadora Li, regaló al monje una copia de la anécdota titulada *Dos estudiantes aprenden wei qi*, escrita con la excelente caligrafía de la Emperatriz, y una pequeña planta de peral, de la famosa pera blanca *ya li* de su propio patio. El monje observó con curiosidad que la planta llevaba un cartel que decía *bai li*, pera blanca, en lugar de pera de pato, *ya li*.

V

Poco después de aquella derrota, el rey Jang-su decidió cambiar el nombre de su reino. Koguryo se componía de la palabra *ko*, que significaba sol, y *Kuryo*, místico, sagrado y grande. En conjunto, el nombre significaba *país místico donde nace el sol*. Ese día decidió que el sol ya no debería estar en el nombre de su país, y cambió el nombre del reino de Koguryo a la forma más corta Koryo, de la que deriva el nombre actual en español, Corea.

Años más tarde, observando el enorme árbol plantado en el monasterio, en el reino de Koryo, el monje comprendió que el regalo era el mensaje. El carácter *bai*, blanco, se escribía dibujando una gota sobre un sol. Así, blanco es representado como una gota de sol. El carácter *li*, que representa pera, era un recordatorio de su apellido. El mensaje era: Una gota de sol, Li.

Beija flor

– ¡Tía querida! ¡Qué bueno que viniste hoy! No, claro que no hay problema en que te quedes para la merienda. Si pones el agua para el té, en un momento preparo una torta – dijo Marita muy contenta, y salió casi corriendo a buscar los ingredientes en la alacena.

La sorpresiva visita de la tía Hortensia había despertado un gran jolgorio en ella. ¡Cuánto la quería! Desde chiquita, Hortensia la había mimado como su sobrina favorita. Al principio le traía juguetes, un trompo, un yo–yo. Después, cada vez que la visitaba venía con hermosos libritos de actividades y revistas de historietas. Al llegar la adolescencia, fue la primera en traerle de regalo un vestido para salir a los cumpleaños y eventos sociales. Todo bordado con flores. La tía Hortensia le había bordado setenta y dos florcitas azules en aquel precioso vestido blanco que había cosido con sus propias manos. Ahora ya estaba viejita y no podía hacer nada de eso, claro. Por eso cada vez que venía a verla, y venía seguido, le traía una flor de regalo.

A la tía Hortensia le encantaba el té, con bastante azúcar, y lo tomaba frío. A veces parecía que leía la mente de Marita, y cuando preparaba el té, y terminaba de enfriarse, aparecía la tía, con una flor, a visitarla.

¡No te apures Marita!, pensaba para sus adentros, mientras ponía la harina en el cuenco. ¡Zas! Siempre pasaba algo y terminaba con la blusa llena de harina, o la mesada, o el piso, o las tres cosas.

A veces, la tía estaba apurada. Debía ser que con los años se le nublaban las ideas, o se aburría con facilidad. A lo mejor no le gustaba esperar. La última vez que Marita se había puesto a hacer una torta para merendar juntas, ¡se había ido! Cuando por fin había sacado la torta del horno y fue a llevarle a la tía, resultó que había tomado un poquitito de té y se había ido. Debía estar medio senil ya, pobrecita. Así que ahora, cuando metiera la torta en el horno se iría a conversar con ella para que no se aburriera. Por suerte la otra vez había venido Coco, su primito, y se había comido media torta con ella.

– ¿Viste tía que todavía tengo el delantal que me hiciste? – dijo Marita a su tía Hortensia.

Desde hacía años usaba el delantal encima de la ropa desde que se levantaba, mucho antes del amanecer. Marita dormía muy poco. Su médico se lo había dicho cantidad de veces, pero no había nada que hacerle. Ella era así. Siempre había sido así. Dormía poquito, pero no le

hacía nada.

– No sé cuánto tiempo te habrá llevado bordarle los picaflores, pero quiero que sepas que desde ese día, no me lo he sacado más – dijo Marita, mirando a su tía con emoción.

– Lo lavo todas las noches, y lo pongo a secar a la sombra, para que no se desmerezcan los colores, como tú me enseñaste. Es el regalo más hermoso que me han hecho – agregó.

La tía se emocionó un poco, y Marita pensó que se iba a poner a llorar, así que prefirió cambiar de tema.

– Mira, ahí va el tío Bernardo. ¡Qué avejentado está! – comentó Marita, y quedó pensando en lo rápido que se movía para su edad.

– ¿Qué dices? ¿Que se murió su esposa? ¿Cuándo?

– Pobre. Ya tenía unos cuantos... Por eso anda así, como perdido. Eso sí, siempre con una florcita en el ojal. ¿Viste, tía?

A Marita siempre le habían gustado las flores. Era de familia. Su jardín estaba lleno de flores, pero las azaleas eran las que más le llamaban la atención a la tía Hortensia. Siempre que venía a verla se quedaba embelesada con las azaleas. Y con razón. Todo el mundo se las elogiaba. Justamente, porque eran hermosas. Se las había regalado el tío Bernardo. Eran de unas que tenía su esposa, y que habían sido de su madre.

– Voy a mirar la torta, no sea cosa que se pase de horno – dijo Marita a su tía.

¡Qué lío! La cocina estaba llena de humo. Se ve que se había entretenido hablando con la tía, y ahora la torta se le había quemado. Bueno, no era grave. Una vez, cuando era chica, Hortensia le había enseñado a raspar el fondo quemado con un rallador, para no tener que tirar la torta. Apuró el andar, pero había algo caído en el piso, y se tropezó. Se pegó en la cabeza y la luz se apagó.

Cuando despertó vio los ojos más hermosos del mundo. – ¿Qué te pasa, mi amor? ¿Por qué lloras? – preguntó Marita a su hija Fernanda con la lengua completamente trabada.

– ¿Cuánto hace que estoy aquí? – añadió, cuando se dio cuenta que estaba acostada en una cama de hospital.

– Casi te mueres mamá. Tuvieron que sacarte los bomberos. Hace seis días que estas aquí. Si no fuera por Doña María, que los llamó, no contabas el cuento.

– También me dijo que hace varios días que no duermes, que ve la luz prendida toda la noche – dijo Fernanda.

– ¡Esa vieja podrida! Yo duermo bien – dijo Marita con tanta dificultad que se hacía difícil entenderle.

– ¿Le avisaste a la tía Hortensia? Se va a preocupar, y está vieja... – murmuró Marita.

– ¿Hortensia? Yo no llegué a conocer a la tía Hortensia. Murió hace treinta años mamá, antes de que yo naciera.

– ¡Qué barbaridad! Llévame a casa que seguro que está por venir a tomar el té. Todas las tardes viene – dijo Marita, sentándose en la cama e intentando quitarse la vía intravenosa.

– Quédate tranquila, tienes que recuperarte – dijo Fernanda, ayudándola a recostarse otra vez.

– Mamá, ¿cuánto hace que dejaste de tomar los medicamentos?

El milagro colectivo

I

– ¿A dónde va tan temprano, Valentina Nikolayevna? – preguntó Konstantín Alexandrovich deteniendo el ruidoso camión.

– Al mercado. Voy a llevar estas remolachas que he cosechado, y un poco de pescado ahumado – contestó la señora Vasilyeva, dejando el gran bolso de mano rebosante de mercadería sobre el suelo.

– ¡Suba! Yo también voy al mercado, a hacer algunas compras para el koljós. Además no tendrá que cargar todo ese peso. Deje que yo lo haga – fueron las palabras del joven Konstantín, mientras saltaba del camión y subía la carga de su vecina.

Debe haber tenido una gran cosecha, pensó Konstantín, porque el bolso pesaba mucho más de lo que había imaginado al verlo.

El camino estaba en muy mal estado, pero las altas ruedas del camión mitigaban los saltos ocasionados por los pozos del camino vecinal, escasamente transitado por coches regulares.

La señora Vasilyeva rondaba los sesenta años, pero parecía tener bastantes más. Debajo del pañuelo con el que cubría su cabeza, el cabello todavía conservaba un poco del color anaranjado que vibró durante la juventud. Las pecas de su rostro parecían desaparecer entre los surcos de la piel, curtida por el sol del campo.

Konstantín, el pequeño Kostya, como le decía la señora Vasilyeva cuando le servía el desayuno en el jardín de infantes, ya muchos años atrás, rondaba los veinte años. Soñaba con irse a Leningrado a estudiar en la universidad desde los dieciséis.

La vida como koljosiano le gustaba, pero no la anhelaba. Siempre había pensado que el mundo tenía reservado algo grande para él. No deseaba ser un héroe de la patria como Gagarin o Sidorenko, ni un genio como Tíjonov, todos de su región, pero sí alguien de importancia en alguna de las grandes empresas estatales. Alguien que viajara, como su tío Dmitri, que era ingeniero en una empresa de casas prefabricadas de Bulgaria y conocía media Unión Soviética a causa de su trabajo. El desarrollo de la industria maderera tenía a su empresa ocupada en instalar casas para los leñadores y sus familias por todo el hemisferio boreal. El tío Dmitri siempre tenia anécdotas increíbles.

Valentina Vasilyeva iba muy alegre, tal vez por el alivio que suponía no tener que llegar hasta la ruta a esperar el bus que la llevaría a la ciudad. Preguntó a Konstantín por su madre que, como ella sabía muy bien, había pasado bastantes penurias cuando su marido, Alexander Petrovich, chófer de la transportista Sovtransavto, había muerto tres años atrás.

Konstantín contó a la Sra. Vasilieva cómo su madre ya no realizaba tareas duras del campo, sino que se ocupaba de la administración de la granja colectiva. Esto representaba una importante distinción, y resultaba conveniente ya que su madre tenía un poco más de comodidad ahora que había pasado los cuarenta años. Aprovechó la oportunidad para contar a su vecina con gran orgullo que él mismo había sido promovido a jefe de brigada, y que por eso los domingos se le encomendaba hacer las compras en el mercado.

La Sra. Vasilyeva lo felicitó, y compartió la desdicha de que los koljoses de su región no hubiesen sido absorbidos por el estado, como muchos de las regiones más productivas. En definitiva estaban trabajando para él, pero los precios a los que se vendían los productos eran apenas suficientes para cubrir las necesidades básicas de los koljosianos.

– ¿Recuerda usted al tío Dmitri, el hermano de mi madre? Me ha dicho que en Moscú y las ciudades grandes han empezado a abrir tiendas no estatales. Claro que los precios son imposibles... – contó Konstantín a la Sra. Vasilyeva.

– Todo esta cambiando mucho, Konstantín Alexandrovich. Ahora nuestro país, además de ser el más poderoso del mundo, va rumbo a ser el más moderno. Cuando eras pequeño, teníamos un único aparato de televisión para toda la granja, la *Rubin cuatro cero uno* le decíamos. A la hora del descanso nos juntábamos a verla en la sala multiusos – contó la Sra. Vasilyeva.

– Tengo algunos recuerdos de eso – repuso Konstantín.

– Mi padre estuvo tres días para armarla. Al menos ese es el cuento que mi madre sigue haciendo el día de mi cumpleaños – añadió.

– Ya en esos tiempos éramos muy modernos. La televisión se transmitía en colores, aunque los programas eran malísimos – confesó riendo Valentina Vasilyeva.

– Ahora todo el mundo tiene su propio televisor, y algunas veces explotan – dijo la Sra Vasilyeva abriendo grandes sus pequeños ojos.

Ambos rieron.

II

Sintió una puntada en la parte baja de la espalda, y se apoyó con la mano derecha sobre el enorme abedul que estaba frente a su casa. Pensó que sería el mismo dolor de espalda del que escuchó quejarse a su abuela y luego a su madre. A lo mejor ya era hora de llevar menos peso dentro del bolso, aunque eso requiriera ir más seguido al pueblo. O no. La escasez era grande, así que tampoco habría mucho para traer.

Recordó el cuento que su abuela ucraniana le contaba cuando era pequeña. Una pareja de ancianos campesinos muy pobres hacía un becerro de paja cubierto con alquitrán y lo llevaba a pastar a la estepa. Los depredadores del bosque creían que era de verdad, pero quedaban atrapados en el alquitrán. Cuando el hombre los iba a matar, le prometían traerle cosas del bosque, y él los liberaba. A la mañana siguiente, el oso les había traído miel, el lobo un rebaño de ovejas, el zorro gansos y aves de corral, y la liebre coles y todo tipo de verduras. Así debía ser. Con un poco de ingenio y esfuerzo todo se solucionaría. Siempre había sido igual.

Respiró profundamente durante un instante, y sintió que aquel aire helado, perfumado por las estufas, era el mejor del mundo. Al llegar a casa la estufa estaba encendida. Valentina sintió el aroma de la *ryázhenka* recién preparada, y supo que María, su nieta, había encendido el fuego temprano.

– Masha, querida, ya estoy de vuelta – dijo Valentina Vasilyeva dejando el pesado bolso en el piso. Esta vez estaba cargado con las cosas que había traído del mercado.

– Ya tengo todo pronto abuela – gritó María desde la cocina. – Estaré lista en un momento; enciende el televisor – dijo su abuela mientras se quitaba el abrigo.

III

Konstantín se quitó la camisa de abrigo y encendió la radio. Mientras el periodista hablaba sobre los beneficios de la *perestroika*, y la apertura de grandes cooperativas de comercio exterior y manufactureras, él calentaba la comida. Escuchó con atención que la Ley de Cooperativas permitiría la apertura de restaurantes y fábricas bajo esta modalidad. Era una gran esperanza para el renacer económico y social que estaba experimentando el país.

Por un instante soñó dejar la granja para irse a Moscú y abrir un floreciente negocio junto a varios socios, que podrían ser sus amigos más cercanos. Las cosas estaban cambiando y, según le había contado

su tío al regresar de Talinn, allí ya se permitía la asociación con empresas extranjeras y la economía iba mejorando.

Apagó la radio y miró por la ventana. Su madre estaba por llegar y querría ver televisión durante la cena. Ahora que las transmisiones eran por satélite, la televisión central ofrecía mas variedad. Los días nublados incluso captaban algunas emisiones de Ucrania y Belarús. Quizá toda la pesadumbre del duro trabajo en el campo llegaría a su fin. Quizá podría estudiar lo que quería, y trabajar para una de esas nuevas empresas que estaban surgiendo gracias a las ideas reformistas de Gorbachov. Pediría una beca del koljós para ir a estudiar. Ahora que su madre ya no tenía tareas tan pesadas podría irse sin cargo de conciencia. Al fin y al cabo, ya era grande y debía buscar su propio camino.

IV

La madre de Konstantín estaba muy cansada. Ese día habían terminado de instalar el sistema de ordeñe mecanizado, y ella, como presidenta del koljós, lo había supervisado personalmente. Era el primero de sus grandes planes para la granja.

– Kostya, ya estoy aquí – dijo al entrar a la casa la madre de Konstantín Alexandrovich.

– Se te ha hecho muy tarde hoy, madre; – dijo el joven – debes estar muy cansada.

– Ha sido un día largo, sí – respondió su madre, mientras se quitaba el abrigo.

– Ya he calentado la cena. Cuando estés lista la serviré – dijo Konstantín.

– Hoy ha quedado listo el sistema de ordeñe, Kostya. De aquí en adelante todo será más sencillo. Nos ahorrará mucho tiempo, y podremos duplicar las ganancias – dijo la madre.

El próximo paso sería la planta de elaboración de papas fritas. Para sobrevivir en el campo, ya no podían permitirse vender las papas como salían de la tierra. Las veintidós familias que integraban la granja colectiva pronto verían cómo se convertía el anticuado galpón en una moderna planta industrial. El gobierno los recompensaría con estadías en centros vacacionales, quizá incluso conocerían el famoso Issik–Kul. Ella pensaba a lo grande, aunque a veces se sentía un poco frustrada porque sabía que su hijo soñaba con otra cosa.

– El tío Dmitri te ha enviado un regalo, Kostya – dijo su madre sacando

un gran envoltorio de cartón de su bolso.

– ¿Qué es? – Preguntó Konstantín Alexandrovich con gran curiosidad.

– Ábrelo – contestó su madre, satisfecha con la intriga de Kostya.

– ¡Es un disco de Occidente! – exclamó Konstantín al abrir la caja.

El LP estaba impreso en el plástico de una placa radiográfica usada, un tipo de copia bastante común en el mercado negro de la época. Una forma de contrabando cultural, con pésimo sonido, y cuya reproducción estaba limitada a unos pocos usos antes de que se evaporara convirtiéndose en ruido.

La emoción de Kostya alivió un poco el cansancio de su madre, que entendía la crisis por la que estaba pasando el muchacho. Ella misma, a pesar de la emoción que le causaban las reformas que estaba llevando adelante en la granja, también se sentía bastante cansada. La enfermedad colectiva de la escasez y el hastío ya calaba hasta en los espíritus más patrióticos.

V

Toda la Unión Soviética estaba sentada frente al televisor. Apareció en la pantalla una imagen de bruma sobre un lago, y un tranquilizador sonido de instrumentos de cuerda. Luego sobrevino una placa con los títulos: *Sesión Curativa del Doctor-Psicoterapeuta Anatoly Mijáilovich Kashpirovsky*.

La cámara mostraba un hombre sentado en un escritorio leyendo cartas de la audiencia, contando sobre sus maravillosas habilidades curativas. Luego, de forma ligeramente temblorosa llevaba la imagen a un primer plano de la cara del hombre, de pelo extremadamente negro con cerquillo y ojos hipnóticos.

Al son de una romántica música de fondo, Kashpirovsky anunciaba el comienzo de su tratamiento. La cámara conmutaba entre la penetrante mirada del sanador, y el público presente en la sala, sin dejar pasar desapercibido cómo algunos de los presentes se iban quedando dormidos, y otros comenzaban a agitar los brazos, realizando movimientos involuntarios, mientras el sanador contaba uno, dos... Al llegar a veinticinco, invitó al público a flotar en la corriente de sus sentimientos. Luego relató cómo pensaba en todos los pacientes de tal o cual mal que había curado. Al llegar a treinta dijo:

– Abran sus ojos. Siéntanse fantástico. La sesión ha terminado.

La Sra. Vasilyeva sintió que su lumbago se aliviaba. Konstantín y su madre sintieron más liviana la pesadumbre del trabajo de la granja y

de sus sueños postergados. Ese día de otoño de mil novecientos ochenta y nueve la gente olvidó la escasez. Tal vez no.

Sea como fuere, todo el mundo comentaba sobre la operación que realizaría el cirujano georgiano Gueorgui Ioseliani, en que Kashpirovsky hipnotizaría a la paciente por la pantalla usando el telepuente Kíev-Tbilisi[1], prescindiendo de la anestesia. Así era la anestesia televisiva del doctor Anatoly Kashpirovsy.

La conexión con el fuego

I

Robur tenía nueve años. Eduardo, su dueño, le había puesto ese nombre cuando su ex-cuñada se lo regaló para acompañarlo en la nueva vida de divorciado. Desde ese momento, el pequeño perro salchicha de color marrón chocolate había sido su único refugio y compañía. El pequeño tenía su carácter, como él, que con los años de vivir en soledad se había puesto terriblemente quisquilloso. Lo había nombrado como el héroe de Verne, tal vez con la esperanza de convertirse él mismo en un conquistador de edad madura.

Lo cierto es que en los nueve años que había tenido a Robur sus escasas conquistas fueron efímeras. La relación con la señora de la farmacia duró un mes y medio, hasta que descubrió que roncaba como una locomotora; con la señora un poco más joven que paseaba a su perro por la costanera a la misma hora que él, no llegó a un mes más.

Eduardo ya no se preocupaba tanto por cuidar las formas. Tiempo atrás, mientras lavaba, se le había roto el único vaso que quedaba en la casa. En lugar de salir a comprar vasos nuevos, empezó a beber agua en una taza, y, sin darse cuenta, pasó un mes así. Sólo salió a comprar vasos cuando Héctor, su hermano, vino a almorzar. No quería que pensara que por estar solo vivía en la dejadez. Él estaría solo por elección, o por inacción, pero de ninguna manera por incapacidad. Al menos no quería que lo pensara su hermano.

Fuera del horario de trabajo, sus actividades de esparcimiento eran escasas pero intensas. Cuidaba con enorme esmero el pequeño jardín de hierbas aromáticas en su balconcito de la calle Isla de Flores, su tiempo de paseo con Robur y sobre todo la lectura, mucha lectura.

II

Myriam trabajaba a conciencia, con responsabilidad y dedicación. Siempre que llegaba alguien con la documentación mal preparada se tomaba el trabajo de explicarle la mejor manera de hacerlo. Dos edictos publicados en un periódico de circulación nacional, con treinta días de diferencia. Un timbre de doscientos diecisiete. Apellidos en mayúsculas, nombres propios en letra minúscula. Los cuatros testigos, que no podían tener relación de parentesco. Todos los requisitos que

había que cumplir para que su asiento en el Libro de Matrimonios del Registro Civil fuera intachable. Una empleada pública ejemplar, amable y comprometida con el país y la felicidad de los recién casados.

A veces, parecía que tomaba el trabajo con tanta intensidad que descuidaba su vida privada. Doce años era un tiempo muy largo para la soledad.

Con su última pareja, con la que había compartido casi una década, no sintonizaba en la intimidad; había tardado bastante en comprenderlo. Sólo lo entendió al leer un libro, en el que se planteaba una analogía con la danza. Ella disfrutaba de un sofisticado vals, pero su ex bailaba como hombre de las cavernas.

Para colmo de males, era alérgico a los gatos. Nunca había podido tener uno, aunque deseó tenerlo con mucha fuerza. Se refugió en la literatura y finalmente se libró de dos problemas, el hombre y su alergia.

Desde ese día se ocupó de Urganda, una gatita de pelo corto blanco y gris con ojos brillantes y misteriosos que le regaló una señora un domingo de feria. Por los ojos le había puesto el nombre, como Urganda La Desconocida, una hechicera de cuentos, que tanta diversión le había proporcionado en sus horas frustradas.

La compañía de Urganda le había hecho mucho bien, porque no molestaba para nada mientras ella leía. Después de comer se acostaba a su lado en el suelo, mientras ella se recostaba en el sofá a leer, y dormía. Nada más. Alberico y Auristela habían llegado de la misma forma, pero ya no había espacio para más en el apartamento.

III

A menudo, la sociedad ha menospreciado el impacto de los libros en la intimidad de las personas. Trópico de Cáncer cambió la vida de Myriam, que descubrió en sus páginas una sexualidad plena y viva, como la que había imaginado que merecía. A ese siguieron muchos otros del género, y fueron encendiendo en Myriam un fuego privado, oculto y poderoso, que nadie sospechaba al encontrársela en la oficina del Registro Civil.

Debe ser dicho que Eduardo comenzó de forma azarosa con el Decamerón, y que su viaje fue un poco errático, saltando de la poesía de Idea Vilariño a las hermanas Brontë, para luego caer en el tobogán de Las edades de Lulú.

Una fría tarde de sábado, en una pequeña librería llena de mesas de ofertas, Myriam y Eduardo coincidieron en la mesa del género erótico.

Myriam sólo vio la mirada gentil y genuina de Eduardo, en lugar del cabello que le faltaba, o la camisa que había dejado de usarse hace años. Eduardo sólo vio la gracia y la sofisticación de los movimientos de Myriam, en lugar de la armazón anticuada de sus lentes, o su figura posmenopáusica.

Desde que se mudaron juntos a las afueras disfrutan de caminar descalzos sobre el césped húmedo y del paseo de la mano. Disfrutan de su perro salchicha y sus siete gatos. Pero sobre todas las cosas disfrutan de hermosas noches de fuego frente a la estufa.

Origami

Pocos minutos después de subir al barco en Montevideo cerré los ojos. No los volví a abrir hasta llegar al puerto de Buenos Aires. Al llegar al hotel, dejé mi equipaje y salí a buscar un cafetín donde desayunar.

Me senté en un bar de la Avenida Santa Fe, al lado de la ventana para ver a la gente pasar. Siempre me ha gustado ver la elegancia del vestir de los transeúntes de Buenos Aires, una que en Montevideo se ha ido perdiendo con los años. Pedí un café con leche con dos *croissant*s, de esos que de alguna manera parecen siempre recién hechos. La jalea que los cubría me ensució los dedos. Tomé una servilleta para limpiarme. Al sacarla, las siguientes se atascaron en la ranura metálica. Limpié mis manos, y luego me dispuse a solucionar el atasco. Tomé el servilletero con mi mano y, al levantarlo, vi una servilleta doblada debajo.

Por ocio, o pura curiosidad, dejé mi tarea y la tomé para observarla. Descubrí que no era como las otras. El papel era ligeramente más grueso y menos blanco. Tenía muchas marcas de pliegues, como si hubiera sido doblada en incontables formas, y vuelta a aplanar, para ser doblada a la mitad y colocarla sobre aquella mesa. La abrí con cuidado para descubrir de qué se trataba, y advertí que tenía algo garabateado con tinta. Lo que tenía escrito eran las veintisiete letras del alfabeto español y sus cinco dígrafos, repetidas varias veces, y dispuestas de una extraña forma sobre el papel.

Al principio pensé que habían sido escritas en orden aleatorio, con el único propósito de distribuirlas uniformemente en el plano de la hoja. Ahora, diez años después, dudo mucho que así fuera.

Instintivamente doblé el papel por una de las marcas que tenía y observé que algunas letras se acercaban a otras, inicialmente distantes, formando una palabra. Recuerdo que la primera que vi fue río, y luego hora y pantalón. El juego me resultó divertido, pero al terminar mi café con leche, decidí seguir mi camino hacia la editorial. Coloqué el pequeño papel en el bolsillo de mi abrigo, pagué el desayuno y me subí al autobús.

Tuve dos reuniones con la editora, con la que acordé publicar mi último libro en una hermosa edición con ilustraciones de un artista ecuatoriano, que estuvo presente en la segunda reunión. Regresé a Montevideo y, por un largo tiempo, el papel que encontré en la cafetería quedó olvidado en el bolsillo de mi abrigo.

Pasaron casi tres meses antes de que lo volviese a descubrir, al volver del cine. Llegué a casa, e instintivamente metí la mano en el bolsillo interior del abrigo. Saqué el papel y comencé a jugar con él. Descubrí que si lo doblaba por alguna de las líneas, se formaban figuras, una rana, un heptágono, un barco. También observé que cada vez que lo doblaba, las letras que se combinaban formaban palabras diferentes. Tal vez no seguí exactamente las mismas líneas, que eran muchas, aunque tuve la intención de hacerlo. Piensa, alfajía y monstruo fueron combinaciones perturbadoras.

Pensé en guardar el papel por miedo a aquellas palabras, pero como no soy supersticioso seguí jugando con él. A fin de cuentas, no era más que una servilleta, con alguna clase de juego que alguien más astuto que yo habría ideado.

La aparente aleatoriedad de sus combinaciones me inspiró a usarlo como disparador de ideas. Cada vez que me sentaba a escribir, doblaba el papel varias veces por algunas de sus marcas, y no me decepcionaba. Gracias a la servilleta, fuera por las formas o las palabras que me revelaba, logré escribir frenéticamente durante varios meses.

Un día decidí ir a escribir al jardín botánico. El tiempo estaba hermoso, y los pájaros cantaban a toda voz desde las copas de los árboles. Saqué el papel de adentro de mi cuaderno, y comencé a doblarlo. El azar, quizá, me llevó a doblarlo con forma de pajarito. Picaflor quise creer, y me puse a escribir. Cuando hube terminado y decidí desdoblarlo para volver a casa, ocurrió algo extraño. Tomé el pajarito de papel desde la parte de abajo, y lo di vuelta. En la parte de atrás vi una combinación de letras sorprendente. Adiós, decía. Y el pajarito de papel se alejó volando hacia los árboles. Desde ese día no lo he vuelto a ver.

El disco de Festos

– Le doy un breve hervor a las papas, luego las escurro bien y las doro en manteca. Una vez que toman color les agrego el ajo y el perejil bien picados – explicó mi tío, mientras me servía unas papas al lado de dos rodajas de carne al horno.

Tío de mi madre para ser exactos, aunque Tío Enrico era el nombre con el que lo había conocido casi diecisiete años antes. Él estaba igual. Tendría alguna arruga más, pero sería tan difícil encontrarla como a una gota en el océano. El escaso pelo que le quedaba crecía en el ecuador de su cabeza, por encima de sus orejas. No estoy seguro qué edad tendría en aquel entonces, pero era ya avanzada. Sus pequeños y vivos ojos no habían cambiado, y su mente seguía ágil como un pez en el agua.

Cuando probé el primer bocado, aquella sencilla combinación me sorprendió alegremente. Sólo puedo reprocharle el uso excesivo de la sal, que había debilitado ya bastante su corazón.

– ¿Dónde aprendiste a cocinar, tío Enrico? – pregunté, esperando que me contara alguna de sus infinitas anécdotas relacionadas con la escasez de la Primera Guerra Mundial.

– Aprendí en Creta, por necesidad – respondió el tío, con el tenedor en la mano.

Dejó el tenedor sobre el plato. Sirvió un poco de vino en mi vaso, porque a sus ojos yo ya era un adulto aunque tenía apenas diecisiete. Se sirvió también él y bebió un poco, como si se tratara de un tónico para la voz. Cortó un trocito de carne, y lo masticó lentamente. Imagino que buscaba en aquellos sabores un elixir para la memoria. A veces, un aroma o un sabor nos transporta a otros momentos, otros lugares. Un impulso natural nos ha llevado a muchos a aprender las recetas familiares que nos trasladan, cual máquina del tiempo, a los almuerzos felices con nuestras abuelas durante la niñez.

Sus ojos brillaron, como si el verde de su iris fuera el agua del mar, y sus pensamientos se hundieran en ella al saltar desde el trampolín del vino y su sencillo y delicioso plato.

– Yo vivía en Firenze. Mi padre trabajaba en el Museo Nacional de Arqueología. Un día me llevó a su trabajo, y allí conocí a Pernier. En ese momento era el Inspector General de museos, galerías y excavaciones. Era un hombre joven que provenía de una familia acomodada. Vestía

ropa cara y una afeitada perfecta, como las de los anuncios de navajas. Ya no recuerdo si era su madre o su padre que tenía parientes en la nobleza, pero te lo hacía notar. Todavía puedo sentir lo imperativo de su tono más allá de las palabras... A pesar de eso, era muy correcto y articulaba muy bien.

– ¿Fue con él que viajaste a Creta? – apresuré a preguntar.

La riqueza de detalles que venían a la mente de mi tío y su gusto por las anécdotas me hicieron pensar que podría pasarse todo el almuerzo contándome cómo conoció a ese hombre.

– Si. Pernier trabajaba con un alemán. Ese sí que era importante. Ya no recuerdo su apellido. Él empezó a excavar años antes de que fuéramos nosotros. Se suponía que sería el jefe de la expedición, pero algo se lo impidió. Nunca supe qué fue. En esos tiempos, Creta no pertenecía a Grecia y había mucho revuelo en Europa.

– ¿Tu padre también fue a Creta? – pregunté ilusamente.

– No. Yo ya tenía como dieciséis. Estaba en edad de trabajar. Por eso, cuando mi padre vino con la noticia de la expedición a Creta no lo dudé ni un instante. En casa se hablaba de reliquias y excavaciones desde antes que yo naciera. Tampoco tenía que saber nada. Con saber usar una azada, y limpiar tierra y arena con un pincel alcanzaba.

– Debió ser muy emocionante para un adolescente estar ahí cuando se hicieron esos descubrimientos maravillosos. No puedo imaginar lo que se siente ir descubriendo unas ruinas que han estado enterradas por miles de años – comenté, asumiendo que los jóvenes de ese tiempo vivían de la misma manera que yo.

– Muy emocionante. Para mi, era como que todas las cosas que había escuchado de mi padre cobraran vida. Yo llevaba una bitácora – dijo, y sonrió.

– Cuando terminemos de almorzar te la puedo mostrar – dijo con un brillo especial en sus ojos, y adiviné un plan en su sonrisa.

– No vayas a creer que estábamos solos. Era una carrera. Por todas partes de la isla habían excavaciones. Los ingleses ya habían terminado una verdaderamente fabulosa en Cnossos.

– ¿Puedo servirme otro poco de vino? – pregunté.

El tío me miró, y tal vez vio algo de aquel joven que se fue de su casa a trabajar en una excavación arqueológica a Creta. Dudó un instante. Imagino que atónito, porque la pregunta le resultaba inconcebible viniendo de alguien que en su imaginario era ya un hombre hecho y derecho. No lo dudó más y me sirvió con su amabilidad habitual, un generoso vaso, dándome la señal de que no subestimaba mi tolerancia

a aquel peligroso fluido. Vaciló un instante, pareciendo buscar algo en su memoria, y continuó:

– Cuando verdaderamente empezamos a ver las ruinas, nos dimos cuenta enseguida que se trataba de algo fuera de serie. Era monumental. Trabajábamos de sol a sol, y la paga era una miseria. Pero allí estábamos nosotros moviendo tierra como hormigas para desenterrar una cosa gigantesca. Yo no sabía nada de arquitectura. De nada. Pero menos de arquitectura. Pernier estaba extasiado. Todas las noches escribía en su bitácora un registro de lo progresado durante el día. De él aprendí a llevar registros. Supongo que por eso le caí en gracia.

– Él sí entendía de arquitectura. Esperaba hallar un estilo llamado geométrico, que usaban los griegos de la época que creíamos estar viendo. Pero nada de eso apareció. En cambio, cada día se revelaba ante nuestros ojos algo más increíble. Más desconocido. Verdaderamente primitivo. Casi un año después tuvimos idea de la verdadera dimensión del Palacio de Festos. Hubo que inventar una nueva palabra para lo que encontrábamos: Minoano. Eso lo fui comprendiendo mucho después.

Identifiqué el tono de voz que usaba mi tío cuando se empezaba a ir por las ramas. Si no revertía eso de inmediato, no sólo no sabría qué pasó con la excavación, sino que sería arrastrado irremediablemente a un monólogo sobre política que bien poco me interesaba. Tiré un salvavidas al agua:

– ¿Cómo fue que encontraron el disco?

Y no falló. Como si liberara un resorte, el tío dejó reposar su cuerpo sobre el respaldo de la silla y comenzó:

– Todo el lugar era fascinante. Lleno de habitaciones. Paredes con inscripciones talladas. No te olvides que estamos hablando de la edad de bronce. A medida que sacábamos polvo iban apareciendo vasijas y adornos con dibujos. Hasta que encontré el disco. Era de una arcilla pura y muy bien cocida. De color gris amarillento. Tenía muchos símbolos tallados en espiral. Era del tamaño de esos discos de música con dos canciones que venden ahora. Un simple, como le dicen ustedes. Y también tenía un lado A y un lado B.

Adiviné un cierto orgullo por sentirse dominando una jerga que pertenecía a otra generación y ajena a su lengua materna. En ese momento pensé que era como cuando mostraba su habilidad para usar el televisor. Después recordé que el tío debía tener docenas de discos de pasta que escuchaba en su vitrola con gavotas, pasos dobles, ópera, y música clásica. El salvavidas me había evitado hundirme en un mar

de aburrimiento.

– Cuarenta y cinco símbolos distintos. Cabezas, aves, serpientes. En fin, de todo. Cada tanto una línea diagonal que separaba los símbolos en grupos. Muchos se repetían. En total cientoveintitrés de un lado, y ciento diecinueve del otro.

Se levantó de la silla, y se dirigió a su escritorio. Abrió un cajón y sacó una réplica del disco, hecha en yeso tal vez, junto con un montón de hojas amarillentas llenas de dibujos del disco y notas. Luego sacó una libretita de tapas que, según adiviné, habían sido negras alguna vez. Tomó la réplica del disco con la mano izquierda y comenzó a decir con tono sensacionalista:

– Este disco ha hecho que toda la comunidad arqueológica mundial se volviese loca por descifrarlo. Muchos han creído hacerlo. Algunos sostienen que se trata de un calendario, como el disco de los mayas. Otros, han creído descifrar una oración a la diosa Nanas. Los más ineptos llegaron a sugerir que era falso. El problema es que nadie ha sabido cómo leerlo.

– Desde el principio, el propio Pernier sostuvo que las líneas separaban palabras, y que si eso era cierto, los símbolos eran demasiado pocos para que tuviese sentido. Por eso rápidamente nos inclinamos..., bueno, él propuso, y tiempo después muchos lo siguieron, que se trataba de una escritura silábica. El sentido es fácil de deducir. Nadie escribe con rostros y los lee desde la nuca. Así que la dirección de los rostros nos indica desde dónde leerlos.

– Mira, en esta libreta están todos mis apuntes. Tú los vas a entender, y si no, cuando yo no esté, puedes pedirle ayuda a tu madre, que entiende el italiano a la perfección.

– No digas eso, tío. Puedes explicármelo tú – apuré a decir.

– La libreta, y los apuntes, el disco de yeso... ¡Ah! Me falta mostrarte algo muy importante. Espera un segundo. Todo esto es para ti – dijo con un ademán.

Abrió otro cajón del escritorio y extrajo un pequeño cofre de madera. Lo abrió y sacó de él un objeto envuelto en una gruesa tela. Lo desenvolvió con cuidado y descubrió una tablilla con más dibujos. Esa no parecía ser de yeso.

– Esta es de verdad – dijo mirándome a los ojos con una cristalinidad en su mirada que me causó un poco de miedo.

– Aquí está la clave. La encontré yo mismo cerca del lugar donde encontramos el disco. Pernier me la regaló sin darle la menor importancia. Mucho después, logré entender que una cosa no tiene

sentido sin la otra.

– ¿Y para qué sirve? – pregunté, sin darme cuenta en ese momento que la inocencia de la pregunta rozaba la zoncera.

– Es un rito. Una invocación para la vida eterna, que no ha sido pronunciada por cuarenta siglos. Hizo una pausa.

– La tablilla indica la entonación y el sonido de los símbolos. Todo está en estas hojas.

Volvió a hacer una pausa. Me miró de arriba a abajo con sus ojos llenos de vida y sonrió largamente. Siempre quise creer que esa sonrisa quería decir que estaba satisfecho conmigo, y con que hubiese escuchado su historia.

– Ahora vas a escuchar lo mejor que habrás escuchado en tu vida.

Se colocó los anteojos. Orientó hacia él uno de los papeles del escritorio que tenía los dibujos del disco. Aclaró la garganta y, pareciendo leer el disco pronunció las palabras más extrañas que he oído jamás. Dio vuelta el disco y completó su estrafalaria lectura. Un instante después, mi tío desapareció.

Al caer la noche, dije a la policía que había salido a buscar pan y nunca había regresado...

Mañana le contaré de la tablilla del tío Enrico a mi sobrina. Es mucho más inteligente que yo, y sabrá qué hacer. Ya soy viejo, y detesto los sepelios.

La torre de arena

I

Todo comenzó con una roca. La anciana la observaba todos los días durante el atardecer. Le parecía hermoso ver su sombra crecer sobre el suelo mientras el sol se ocultaba, llegando finalmente a cubrir hasta el cielo. Un cielo que se encendía con el color del fuego para luego apagarse apaciblemente, y sucumbir ante la sombra de su amada torre de piedra.

Mucho tiempo atrás, cuando no tenía tantas dificultades para desplazarse, había conocido a otros individuos de su especie que habitaban aquel planeta. Recordó que durante los tiempos del cataclismo mayor, uno de ellos se había aposentado cerca de su cueva. Silbaba por las tardes, y con su silbido se agitaba el viento. Le llevó tiempo entender que la anciana y la roca gris eran partes de un mismo individuo.

Un día, la anciana decidió que debía conocer el mundo antes de morir. Pensó en aprovechar el fuerte viento, que seguramente el silbido enojado de alguien de su especie estaría provocando. Hizo un dibujo en el aire con sus manos y produjo unos extraños sonidos. Golpeó las palmas de sus manos, y la roca y ella se convirtieron en una finísima arena. El viento, y luego el agua y los siglos la dispersaron por el mundo.

II

Silvina López nació un doce de abril. Cinco años en la Facultad de Arquitectura no lograron ahogar su voracidad de conocimiento.

Varios proyectos impresionantes la hicieron popular entre sus pares mientras estudiaba, y cosechó elogios de sus docentes más creativos. Viajó por el mundo, y aprehendió nuevas estructuras, ornamentos, e ideas.

Al año siguiente comenzó la carrera de ingeniería civil. Los parientes menos cercanos lo hallaron un poco preocupante. Un primo lejano decía que Silvina no se atrevía a madurar, a enfrentar las responsabilidades de la vida adulta. Otra prima, que vivía en el exterior, comentaba con su marido que Silvina no sentaba cabeza. No tenía

matrimonio, ni hijos, ni trabajo de tiempo completo. En fin, tanto estudio para ser un fracaso. Por suerte, ella y sus cuatro hijos eran un gran ejemplo de vida de familia. Mientras el marido iba de pesca con sus amigos, ella se ocupaba de sus hijos.

A Silvina, esa vida no le interesaba en absoluto. Un marido capaz de abandonar sus responsabilidades para irse tres días de ocio con sus amigos, y sobrecargarla de tareas no era exactamente su idea de paraíso. A lo mejor era preferible que se fuera, y no que estuviese desparramado sobre el sofá mirando un partido de fútbol tras otro sin importar qué equipo jugara. Cada año, el marido de su prima duplicaba el volumen de su abdomen, en función del alcohol que bebía mirando partidos. Mal negocio, pensaba Silvina.

Estaba convencida de que la transmisión del fútbol era parte de un gran plan de embrutecimiento colectivo, pergeñado para subyugar los primarios intelectos de las sociedades y desviar la atención de los aspectos importantes del mundo. Una forma de ingeniería social.

Después de otros dos años de estudio, empezó a darle forma a su idea. Desde que tenía uso de razón había creado con extremada originalidad toda clase de cosas. Era hábil con las manos y con los cálculos. El minucioso estudio de la historia del arte, que realizaba día tras día, enriquecía sus creaciones. Bastaron unas pocas horas de reflexión, para que concluyera que una verdadera obra maestra debía ser perdurable, e impresionar hasta los más obtusos. Debía utilizar materiales nobles y combinarlos con elegancia.

Casi sin darse cuenta, comenzó un profundo estudio del trabajo de Leonardo Da Vinci en el cuarto de baño. Su madre le había regalado una recopilación de manuscritos del renacentista italiano. Cuando el repartidor tocó la puerta iba rumbo al baño. Tomó el paquete, cerró la puerta, y siguió su camino. Abrió el envoltorio, ya sentada en el inodoro, y empezó a leer.

III

La idea de crear una obra eterna y única se convirtió en obsesión. Pronto entendió que el estudio de la historia del arte era insignificante si se limitaba a leer lo que estaba escrito en lenguas modernas. Deambuló por las bibliotecas, primero de su ciudad, y luego por las del mundo. Aprendió el alfabeto rúnico y los jeroglíficos egipcios. Comenzó a entender el arte rupestre, y recolectó materiales para su gran obra maestra.

Con los años, su cabello fue poniéndose blanco, sus manos arrugadas,

y su voz temblorosa, pero su proyecto estaba más vivo que nunca. Su mente había logrado adquirir una profundidad inimaginable para quienes la veían. La conjunción del arte, los métodos constructivos, y los significados ceremoniales de tiempos ancestrales crecían en ella.

Cuando la enfermera de la mañana salió a buscarla para que tomara el desayuno, Silvina ya había bajado a la playa. Rose, la señora de la otra habitación, la había visto salir al amanecer con una cajita de cartón y un saco de lana, que ella misma le había tejido para su cumpleaños. La enfermera pensó que la mente de Silvina quizá se había vuelto impredecible, y que avisaría a la gerontóloga para que lo determinara.

Unos minutos más tarde, la enfermera bajó a la playa a buscar a Silvina y creyó verla, a lo lejos, cantando y aplaudiendo, feliz como nunca. Apuró el paso, temiendo que entrara al mar. Al acercarse, un escalofrío recorrió su cuerpo. Pensó en cómo explicaría a la supervisora lo que había ocurrido. En la vasta playa de arena, una enorme roca gris que no había visto jamás se erigía frente al mar como una majestuosa torre. A su lado halló el saco de lana y una cajita de cartón. Adentro, vio un papel escrito con una hermosa letra que decía: *lo he logrado*.

Teatro de sombras

El deseo enturbia la sabiduría; es el eterno enemigo del sabio. Al igual que el fuego toma infinitas formas, lo mismo hace el deseo; y aún así, no puede encontrar satisfacción.

———————————————

Bhagavad-gıta [3:39]

El mundo está dividido en dos. Malos y buenos. Fracasados y exitosos. Los otros y yo. Me han encomendado la delicada tarea de descubrir a los impostores.

Todos sabemos que el teatro de sombras es un invento de nuestro imperio, pero desde que me citó el Consejo no hago más que repensar el asunto. Y dudo. Me han dicho que los espías reales han descubierto teatros de sombras en otros países. No creo que eso sea un problema grave. Nuestra cultura y nuestro reino son inmensos, y el comercio y la religión llevan conocimiento y mercaderías hasta los confines del mundo. Dicen que también en los reinos de allende el mar, y mencionaron que en Tarumanagara hay representaciones permanentes de *Mahabharata* y *Ramayana*. No veo nada de extraño en ello. La ignorancia de los espías debe estar contagiando al Consejo. Por suerte mi autoridad no responde a ellos, sino al Rajá directamente.

Me ha resultado más curioso, aunque no preocupante, saber que en el imperio de Tang se atribuyen el origen de nuestro arte. En nuestra oficina de Custodia de las Artes y las Lenguas hay escrituras muy antiguas en sánscrito y dravidiano que trazan su origen a las antiguas poblaciones de nuestras cuevas. Las primeras danzas, la luz de las hogueras, la tribu reunida. Incluso en el cuarto Edicto del Emperador Ashoka, que ya tiene varios siglos tallado en una enorme roca, y del que tengo una copia enfrente, se hace mención al teatro de sombras.

Las gentes del imperio vecino son antiguas, pero no tanto como las nuestras. Por eso no es posible que este arte se originara en reino de Tang. En los documentos que me ha entregado el Consejo hay una sección especial para esta fantasía. Según el rollo número cuatro, mis colegas de Tang están de acuerdo en que en tiempos del emperador Wu hubo una atroz persecución a la concubina Li y su familia. El texto original dice *Li Furen*, así que me referiré a ella de la misma manera en mi informe, Señora Li.

No está claro si fue por celos de la emperatriz Wei Zifu, o por miedo a que su hijo Liu Bo accediera al trono, cosa que finalmente ocurrió aunque fue fugaz. El hecho es que la Señora Li murió sin que el emperador Wu pudiera verla, y éste cayó en una profunda depresión. Por esto, Shao Weng, un mago de Tang, instaló una noche tiendas y una hoguera. Dispuso ofrendas para los dioses, como es costumbre de sus hechiceros, e invocó al espíritu de la Señora Li para el emperador que observaba la ilusión desde lejos.

No puedo hacer más que sentir una cierta simpatía con su leyenda. Las historias de amor en las cortes son mis favoritas, pero me lo guardaré para mi interior. Estoy seguro que debido a la decadencia intelectual de nuestro actual Consejo, su insinuación me valdría una triste condena.

Tampoco el ya famoso Wayang de las islas tuvo su origen allí. Eso es más fácil de demostrar. Sus representaciones más populares son los pilares de nuestra cultura. Bien es sabido que allí, antes que desembarcáramos, todos eran primitivos y salvajes. Está muy bien documentado.

Cuando el teatro de marionetas llegó allí estaba muy avanzado. Ya se utilizaban las figurillas de cuero, y los elencos con múltiples cuentistas. Según veo en un documento titulado Teatro de las cuevas de Sitabenga, en el origen había un único cuentista, el *saubhika*, que luego fue incorporando otros artistas para poder representar escenas más complejas. Además, acostumbran a presentar los personajes al principio de la obra de la misma forma que nosotros. Dividen la pantalla a la mitad, y de un lado se presentan los personajes de naturaleza noble y del otro los malvados. La división se mantiene durante toda la obra.

Será más fácil convencer al Consejo de esto. Confieso que por más que cumpla una función esencial en la enseñanza de la religión, al igual que en el continente, el Wayang me da cierta curiosidad como forma de arte. Tampoco incluiré eso en mi informe.

Quizá organice un largo viaje luego de retirarme, si mis ojos aún me permiten ver, luego de haber leído y escrito tantos documentos. No me quejo de mi trabajo. Soy afortunado y, a mi modo, bastante poderoso. Me pagan en efectivo, y tengo acceso a toda la cultura escrita de nuestro reino. A cambio, traduzco documentos, y oficio de custodio. Analizo escritos, redacto informes. Mantengo el equilibrio entre culturas, actuales y antiguas. Sé que mi trabajo es importante. No imagino qué haría el Ministro de Paz y Guerra sin nuestros informes. A lo mejor andaría haciendo guerra a los tumbos, enviando ejércitos por aquí y allá, pero siempre correría atrás de los problemas. Mis

aprendices son buenos. Estoy seguro que llegarán a superarme cuando lleguen a mi edad. La expansión de nuestro reino llega a lugares cada vez más remotos. Empero, hay más problemas, más lenguas que aprender, más trabajo.

Es probable que dentro de algunos años, tal vez siglos, otro Consejo vuelva a asignarnos este problema. Cuando mis aprendices, o los aprendices de mis aprendices hayan muerto, ya nadie recordará dónde se han guardado estos pliegos. Tal vez emprenderán esta misma búsqueda, pero ya no quedará nadie que recuerde las fuentes. No imagino hasta dónde podrán llegar los rastros de nuestra cultura a través de las estepas.

Ruego equivocarme, pero profetizo que el camino del conocimiento será, y quizá siempre lo haya sido, como una bola de gutapercha. Será el de rebotar de un lado a otro de formas imprevisibles, no por falta de un orden, sino de la información adecuada.

Los planos

Nunca estamos solos, solía decir mi madre. Somos parte de un todo, y debemos respetar las otras partes. Todas son igualmente esenciales, por insignificantes que parezcan. La dificultad, al principio, está en percibirlas. Por eso conocemos nuestro mundo de a poco. Con el tiempo se nos irá abriendo, como la pequeña ostra que esconde una perla dentro de sus toscas valvas.

La voz de la anciana que nos protege siempre debe oírse. Es un canto, un arrullo que nos trae tranquilidad desde los confines del mundo. Pronto nos iremos. El frío ya comienza, y debemos viajar. En unos años, mi madre será la anciana guía que recitará los versos que nos dan la paz. Los más jóvenes deben escucharla aunque no entiendan de lo que habla. Una vez que hayan aprendido suficiente filosofía, sabrán apreciarla.

Esta vez nos iremos un poco antes. La anciana nos ha alertado de la presencia de unos animales peligrosos en el camino. Salvajes, y primitivos. Recuerdo haber escuchado un relato sobre unas pequeñas criaturas que vivían del otro lado. La anciana de mi infancia nos contó que se les conocía como *los planos*. Les llamaban así porque se movían sólo en un plano, como un caracol o un gusano. Desde hace algunos ciclos habían logrado rodear nuestro mundo, y hacernos daño.

Del otro lado hay criaturas buenas también. Algunas son muy extrañas, y todas muy pequeñas. Es posible que vivan igual que nosotros, pero del lado de afuera. Siempre que salimos a tomar aire dejamos que nos vean. Es divertido jugar con ellas. Hacen cosquillas, y a menudo nos alivian algún dolor.

¿Será que viven como nosotros de la observación y la reflexión? Sabemos que también viajan, al menos algunos grupos. Es posible que también tengan un lenguaje, aunque parecería limitarse a un desordenado griterío. Seguramente no conocen la música, el arte de cantar.

Es posible que sean inteligentes, porque se mueven en el espacio, igual que nosotros. Por supuesto que nadie piensa que tengan una filosofía como la nuestra, pero si pueden comunicarse, podrán transmitir ideas. Si transmiten ideas podrán contraponerlas y luego, mejorar su elaboración.

Nadie cree que *los planos* tengan lenguaje, aunque eso todavía es

asunto de debate. Como grupo han tomado un camino muy extraño. Modifican su entorno, como si ignoraran el delicado equilibrio de la Trama.

Hace algún tiempo, cerca del principio de los hielos, mi familia y yo nos topamos con *los planos*. Parecen estar aprendiendo a hablar, aunque aun no pueden controlar su voz. Escuchamos un grito que se movía con una sombra y debimos alejarnos a toda velocidad. Sabemos que eran ellos porque nos asomamos y los vimos moverse en dos dimensiones encima de una gran roca que se movía. Por ahora sólo gritan pero, según creemos, puede ser parte de la evolución natural de su lenguaje.

Sabemos que pueden moverse sobre unas rocas especiales, que se mantienen del lado de afuera. Son muy distintas de las de aquí. Sin embargo, a los percebes y los mejillones parece no importarles. Es una pena que no sepan hablar. Tal vez sí lo hacen, pero nosotros somos incapaces de entenderles. En todo caso es un problema de comunicación.

En la Trama hay animales peligrosos, apurados, salvajes y hambrientos. También hay otros serenos, exploradores, cuidadosos. Casi todos son pequeños. Algunos tienen su propia luz. Es algo maravilloso.

Hay otros animales que pueden hablar, y es nuestro deber aprender a entenderlos. Nos va la vida en ello. Casi todos están ocupados entre ellos, y se olvidan de nosotros. Es mejor así. Debemos cuidarnos. Con nosotros viaja nuestra filosofía y nuestro conocimiento ancestral. Hay un idioma en particular que debe alertarnos. Debemos juntar todas nuestras energías, buscar la oscuridad y huir a toda velocidad. Son animales extraños, que se alimentan de seres grandes. Es fácil reconocerlas por sus dibujos blancos y negros.

Un espacio aparte merecen *los planos*, que por alguna razón atacan a los seres grandes. Aunque sean primitivos y sólo algunos sepan gritar debemos tener mucho cuidado. Es preferible no acercarse. Cuanto más lejos, mejor.

Hemos deducido que en el otro mundo, fuera del agua, deben existir lugares análogos a este y a todos los demás. No todo será vacío, como donde habitan los seres buenos que nos quitan los percebes. Tal vez *los planos* sean como los cangrejos o los erizos, que se mueven sobre una superficie buscando cosas constantemente. Creemos que por eso su intelecto no se desarrolla y resultan peligrosos.

La anciana de mi juventud contaba que antes los seres grandes abundaban en la Trama, y que desde que *los planos* aprendieron a moverse por la barrera entre nuestro mundo y el exterior empezamos a

desaparecer. Cada ciclo hay menos de nosotros, pero también de otros seres que saben hablar. Ya el alimento escasea y no sabe igual que antes, porque sus rocas despiden un olor apestoso que todo lo arruina, y enferma.

¿Oyes el llamado de la anciana? Vamos. Es hora de emigrar.

El sindicato de los relojeros

El tiempo vuela, decía mi abuelo. Cuando me puse a mirar el álbum de fotos del nacimiento de mi primer hijo me acordé de él. Nos han enseñado que el tiempo es valioso, y a la vez perverso e implacable. Al principio no lo entendía. Luego comencé a sospechar. Ahora, luego de algunos años de pensar en el asunto, estoy convencido. Algo no encaja.

Hace treinta años el tiempo pasaba más lento. Jugábamos a los naipes, damas, ajedrez, ludo. Había tiempo para caminar y conversar con los amigos. Para andar en bicicleta, para almorzar en familia. Hasta había tiempo para mirarse a los ojos y no decir nada. Las abuelas tenían tiempo para tejernos un saco o un gorro, o llevarnos a pasar el día a un parque. ¡A pasar el día! Un día completo para jugar, pasear, correr, comer un sándwich y una fruta. Luego, al llegar a casa, se podía mirar un rato la televisión, y luego cenar antes de acostarse. Sobraba el tiempo.

La gente no trabajaba menos, sino más bien lo contrario. Hoy enviamos diez correos electrónicos en media hora. Hace cincuenta años había que escribir a mano o a máquina, poner la carta en un sobre, escribir el nombre del destinatario e ir a la oficina de correos y encontrarla abierta. Con mucha suerte, si uno era bien organizado, sólo le llevaba el triple de tiempo que hoy.

Lo he discutido con mis amistades y todos concuerdan, hoy el tiempo no alcanza. Sin embargo, todo es más sencillo. Imprimir una hoja hace treinta años llevaba casi un minuto. Las impresoras de hoy en día imprimen decenas de hojas en ese tiempo. Como contrapartida deberíamos al menos tener más tiempo para leer, pero no. Pasa exactamente lo contrario, cada vez tenemos menos tiempo para leer. Al menos para la lectura que requiere tiempo, un libro o incluso una revista.

El tiempo rinde menos. ¿Cómo puede ser? Veinticuatro horas son veinticuatro horas. Aquí, en Kazajistán o en Mozambique el día dura lo mismo. Y no hablo de las horas de sol. Si fuera por eso, la gente de Punta Arenas o de Tromsø no encontraría tiempo ni para lavarse los pies. El año tiene la misma cantidad de días, y aún así hacemos en un año menos cosas que antes.

Una tarde, ayudando a mi abuela a quitar el polvo de los trastos viejos de su buhardilla, descubrí un antiguo maletín de cuero reseco y herrajes oxidados. Le pregunté, ya que conserva una memoria

prodigiosa aún a su avanzada edad, qué había en el maletín que yo nunca había visto. Sonrió, y me pidió que lo bajara de donde estaba. Con ayuda de una pinza logramos abrirlo. Había gran cantidad de papeles, una lata con relojes viejos y piecitas sueltas, una caja con pequeñas fotos con los bordes recortados de forma irregular, un monóculo de relojero envuelto en una franela, otra lata con unas delicadísimas pinzas, un cuaderno y un par de libros.

Mi abuela me explicó que la maleta perteneció a mi abuelo. Cuando falleció su padre guardó allí sus cosas. Así que la maleta era el legado de mi bisabuelo. No la maleta en sí, sino su contenido. Da igual. Como suele hacer la gente que supera largamente los ochenta años, mi abuela me hizo entrega de aquella herencia en vida. Para ser sincero, creo que le resultaba conveniente hacer lugar en la buhardilla. Pienso que aprovechó mi curiosidad para hacer la entrega solemne, y deshacerse del bulto inútil. Yo, por supuesto, lo recibí con gusto y exageré un poco la emoción.

Volví a casa con la espalda dolorida después de la dura jornada de limpieza bajo el mando inapelable de mi abuela. Debo decir también que con el estómago reconfortado por la deliciosa cena que me había preparado, a la moda de los años ochenta. Todavía se me hace difícil entender cómo ha llegado a su edad cenando de esa manera. Carne, tocino, crema de leche, manteca, sal y azúcar se encuentran en una suerte de canilla libre en su cocina. Luego se sufren las consecuencias. Uno se siente como Sísifo tratando de conciliar el sueño.

El fin de semana me dediqué a hurgar entre los recuerdos de la vieja maleta. Aprendí que mi bisabuelo había sido relojero; tuve en mis manos sus relojes más preciados y las delicadas herramientas con que los reparaba. Mi abuela me había dicho que el abuelo los guardaba por sus rubíes. En mi infancia escuché a mi padre, aficionado a la relojería, hablar de los rubíes de los relojes antiguos, pero no tenía idea de a qué se refería. Sólo lo entendí al abrir uno de los libros polvorientos que había en la maleta y dedicar unas cuantas horas a su lectura. Era un manual de mediados del siglo diecinueve, que comenzaba con el funcionamiento de los relojes solares, y los aportes de Alfonso X a la medición del tiempo. No tenía idea que Alfonso el sabio se había dedicado a estudiar eso. Pero claro, en la Edad Media la gente tenía tiempo.

Salté un plomizo capítulo sobre los relojes de caja y péndulo. Aprendí que el rubí y el zafiro son el mismo material, corindón, y que es apenas menos duro que el diamante; que los relojes antiguos los usaban como bujes para los engranajes por su resistencia al desgaste por rozamiento. Volví a maravillarme por la tecnología mecánica de sus tiempos. Hoy, la electrónica ha desplazado ese conocimiento vetusto y

fascinante. Me decidí a llevar a la relojería uno de esos relojes de bolsillo y hacerlo reparar, aunque tuviera que dejar la mitad de mi sueldo en ello.

Abrí un cuaderno de mi bisabuelo. Las hojas estaban muy frágiles, y su letra manuscrita me pareció asombrosa. Luego recordé que esas delicadas curvas se moldeaban a reglazos en las manos de los infantes y preferí mis burdos garabatos, tanto menos traumáticos. Supuse que serían apuntes de cuando era aprendiz de relojero, porque estaban llenos de diagramas con pequeñas notas y números. La segunda mitad del cuaderno estaba poblada de cálculos en sistema sexagesimal que me resultó prácticamente incomprensible.

Revisé el fardo de cartas y me volví a maravillar con la caligrafía. Esa gente escribía con pluma y tinta y hacía maravillas. Yo, escribiendo con lápiz y goma debo borrar al menos cuatro o cinco veces antes de terminar una página con mis rudimentos. La correspondencia estaba organizada en dos grupos debidamente atados con hilo encerado.

El primer grupo tenía correspondencia con mi bisabuela. Me interesé un poco más por conocer las conversaciones de mis antepasados, pensando que por transitiva los conocería un poco también a ellos. No me decepcionaron. Me enteré de dónde había nacido mi abuelo, por qué se mudaron tres veces, y dónde estaba la relojería. Incluso supe cuánto pagaban de alquiler por el local y me emocioné, como si tal cosa importara.

El segundo grupo era más interesante. Encontré una carta fechada en Londres el 17 de mayo de mil novecientos once. Al principio no logré entender de qué se trataba, pero a medida que fui leyendo las siguientes cartas y algunos borradores, que desconozco si terminaron enviándose o no, me fui haciendo una idea de lo que pasaba en la vida de mi bisabuelo.

Estimado Mr. M.

Nos complace que haya considerado hacer públicos sus descubrimientos en la Philosophical Transactions of the Royal Society. Desafortunadamente el espacio con que contamos es reducido y recibimos una gran afluencia de trabajos de autores de todo el mundo. En esta oportunidad no podremos publicar su manuscrito, aunque esto no quiere decir que en el futuro no pueda enviarnos nuevos textos para su consideración.

Sinceramente suyo,

Prof. Sir Walter Terence, Editor en jefe.

Encontré otra, fechada en París poco más de dos meses después con un texto análogo. Esta vez firmaba por la *Comptes rendus hebdomadaires des séances de l'Académie des Sciences* François H. Bourgeois, Dr. d'état ès Sciences.

Entendí que el bisabuelo había querido publicar algo en una revista científica europea, y no le habían aceptado su manuscrito. Probablemente tendría algo que ver con los cálculos que apenas pude entender en el cuaderno de hojas quebradizas.

Lo interesante comenzó cuando abrí el siguiente sobre. La carta estaba redactada en inglés, aunque fechada en Berlín el seis de julio del mismo año.

Estimado Herr M.

Espero que no tome Ud. a mal estas líneas. Mi buen amigo Sir Walter me ha confiado que ha hecho Ud. algunos descubrimientos muy interesantes sobre el cálculo y la percepción del tiempo. Entiendo además que es Ud. relojero, y que sus descubrimientos podrían tener un gran impacto en la metrología.

Quisiera hacerle saber que existe un grupo que comparte su preocupación, y que desea conocer su trabajo. Como editor de la Revista del Sindicato de Relojeros, pongo a su disposición nuestras prensas para dar a conocer su manuscrito a nuestra comunidad de lectores, que se extiende por todo el globo.

Me he tomado la libertad de enviarle algunas separatas con trabajos que vengo siguiendo de cerca, y que podrían resultarle de cierto interés.

No dude en escribirme a la brevedad.

Con mis mejores deseos,

Otto Friedman

Las separatas estaban en otro paquete, pero no he logrado entender nada. Parecían artículos de revistas especializadas en filosofía y matemáticas.

Salté varios sobres y seguí con la lectura.

Estimado Herr M.

Comparto en demasía su preocupación, y he de advertirle que en nuestro Sindicato hemos discutido este asunto con detenimiento. Desde hace años se viene planteando la pregunta de cuán emparejados están el paso del tiempo y su percepción por parte de los

seres humanos. Sus cálculos nos han llevado a plantear un escenario posible con el que potencialmente podríamos ahorrar al mundo una gran cantidad de tiempo dedicado al sufrimiento, la locura y la guerra. La mesa directiva ha decidido por unanimidad invitarle a integrar nuestro Sindicato. Se trata de una organización con una visión profundamente humanista, que posee ramas en más de veinte países. Si acepta nuestro ofrecimiento, por favor háganoslo saber. Con mis mejores deseos de una feliz navidad,

Otto Friedman

La siguiente carta estaba fechada en Cincinatti, en junio de mil novecientos trece.

Estimado Sr. M.

Habiendo leído su artículo en la Revista del Sindicato que presido, no puedo hacer más que pensar en un posible experimento. Sería, por supuesto, algo cuyo resultado ni Ud. ni yo veremos, pero que de funcionar podría traer grandes ventajas a nuestra sociedad.

Me gustaría que pudiese Ud. venir a Cincinatti para conocernos personalmente y discutir acerca de este pequeño emprendimiento de carácter sociológico que tengo en mente.

Si está Ud. en condiciones de viajar para el mes de octubre, podrá llegar en ocasión de la Asamblea del Sindicato. Ubicará con facilidad mi oficina frente al teatro Orfeo, en la calle Mc. Millan, Peebles corner. Traiga puesto el anillo del Sindicato, que será su santo y seña para la Asamblea.

Amables deseos,

Tim Ratcliffe.

Mi curiosidad había crecido entonces de forma considerable, aunque aún no lograba entender el asunto. Tomé el siguiente sobre. Contenía una carta escrita por mi bisabuelo en Cincinatti el catorce de octubre de mil novecientos trece. El texto era mucho más íntimo, y profundamente inquietante.

Querida Elena,

Espero que estés bien, y que controlar al joven Ricardo en la relojería no te esté resultando demasiado pesado. Ya te he contado del viaje y, aunque me ha parecido interminable, es algo que volvería a hacer con gusto.

Cincinatti es una ciudad fabulosa e infinitamente más moderna que la nuestra. Con esta nota te enviaré algunas postales para que veas su belleza.

El Sr. Ratcliffe es una persona excepcional. Me ha tratado maravillosamente, y me ha encomendado hacer algunos cálculos para un proyecto que se le ha ocurrido. Piensa a gran escala. Si esto sale bien, podremos ayudar al mundo entero ahorrándole tiempo de manera progresiva. Tiempo que los soldados no pasarán en el frente de batalla, que los operarios no pasarán en las fábricas, que los enamorados no pasarán penando. No será gratis, por supuesto, pero en cualquier momento se podrá volver a la normalidad.

Finalmente he podido conocer al Sr. Friedman, y me ha caído muy bien. Me ha confiado que el clima político en Europa está muy tenso, y que el círculo europeo del Sindicato prevé un conflicto armado.

Por favor envíale mis saludos a tu madre por su aniversario, y dile que le llevaré un regalo de los Estados Unidos.

Ya pronto volveremos a estar juntos,

Tu M.

A punto de comerme las uñas por lo que venía leyendo, abrí de forma frenética el siguiente sobre y me puse a leer. Nunca sabré si lo que leí fue un borrador, o simplemente una carta que mi bisabuelo no se decidió a enviar.

Estimado Mr. Ratcliffe,

He realizado los cálculos según hemos acordado, y estimo que sería perfectamemte posible llevar a la práctica su teoría. Si todos los miembros del Sindicato sincronizamos nuestros esfuerzos, con adelantar un segundo por hora, serán veinticuatro por día. Eso se traducirá en dos horas, veintiséis minutos por año. Tardará casi doce años perder un día completo.

Será esencial completar el proceso en el correr del próximo año, puesto que en dos años más tendremos un año bisiesto. La corrección del calendario gregoriano disimulará nuestra pequeña intervención al menos por un siglo.

Es fundamental asegurarnos que ninguno de nuestros miembros calibre con una clepsidra, puesto que la altitud influye en el flujo de los líquidos y podría causar un desajuste tan evidente que estropearía todo el esfuerzo.

Quiero que esté también al tanto que he ha escrito Mr. Beaumont, de

la sección europea, con una propuesta que me ha resultado muy preocupante. Me gustaría, no lo tome Ud. a mal, que me asegurara que encontraremos la forma de impedir a Mr. Beaumont dar a conocer nuestra obra, y pedir eventualmente un rescate a cambio del tiempo perdido.

No estoy tan empapado como Ud. o Herr Friedman en asuntos de política, pero si es vuestro parecer que la pugna de los países por el liderazgo les obligará a disimular la falla el día que se descubra, sólo puedo estar de acuerdo. Confío que esto también podría proteger el proyecto de intenciones como las de Mr. Beaumont y otras que pudieran surgir a lo largo de los años.

La idea de publicar las instrucciones en la Revista del Sindicato me parece finísima. Estarán a la vista de quien desee verlas, y aún así, no las verá nadie más que los miembros del Sindicato, sus únicos lectores.

Fraternalmente,

M.

Varias de las fotos eran de Cincinatti. Algunas, con anotaciones al dorso, me revelaron un regordete Mr. Ratcliffe posando con una pipa al lado de mi bisabuelo. En una de ellas estaban con otro hombre, que adiviné por sus anteojos y el largo bigote que sería el Sr. Friedman. El resto eran de la relojería, de mis bisabuelos, los primeros años de mi abuelo, algunas personas que no estaban identificadas, y relojes y más relojes.

Sabía que algo no encajaba, claro que no encajaba. He dicho que nos han enseñado que el tiempo es valioso, y es ahí donde he encontrado la respuesta a este misterio. Alguien nos ha robado el tiempo, y hasta se ha planteado la idea de pedir rescate por el tiempo perdido. No perdido, robado.

Claro que la idea de Mr. Ratcliffe y mi bisabuelo tuvo motivos verdaderamente nobles, pero el resultado de su hechizo de calendario no sólo acortaría el tiempo de las guerras, los trámites y los duelos. Acortaría también el tiempo para estudiar antes de una prueba, la duración de las noches de los amantes, y toda clase de cosas maravillosas.

Esa era la última carta. No sé si finalmente el plan se puso en marcha, pero tengo mis sospechas.

Después de la tormenta

Después de la tormenta vendrá la calma, pensó. Cerró los ojos y se aferró al borde de la litera en un intento inútil de refugiarse de la zozobra que agitaba nauseabundamente el yate. Las aguas celestes, llenas de vida y belleza, se habían tornado grises e indómitas. Las olas, como manos hercúleas, sacudían la pequeña nave sin esfuerzo como un cachorro jugando con un ovillo de lana.

El ruido del mar golpeando contra el casco sólo hacía más insoportable la sensación. Un trueno se destacó sobre los anteriores y, por primera vez en su vida, sintió miedo de verdad. Se colocó el chaleco salvavidas y se aferró al pequeño bolso que contenía el bote inflable. Intentó controlar su respiración como si se tratase de un trabajo de parto y, al igual que en éste, pretender controlarse no le sirvió de nada. El pánico tomó el mando, y se desmayó.

Al volver a abrir los ojos vio un cielo rojo intenso, tan intenso que dolía. Tardó unos segundos en darse cuenta de que lo que veía era la lona roja de la cubierta del bote salvavidas. Una pequeña carpa flotante que lo contenía a él solo en medio del océano. La calma había llegado. Nunca había imaginado que la calma infinita sería mucho más aterradora que la tormenta. A diferencia de la agitación, la calma da espacio para pensar en ella. Se recostó sobre un lado de su cuerpo intentando escapar del insoportable resplandor rojo y volvió a cerrar los ojos.

Despertó de noche, miró por la abertura de lona roja y se maravilló de las estrellas. La Vía Láctea se le manifestó con un esplendor que nunca había tenido tiempo de observar. Sintió sed, pero no había agua. En mucho menor intensidad sintió hambre, pero ante la ausencia de víveres se dedicó a mirar el cielo y respirar.

Luego de un intervalo de tiempo incalculable, minutos, horas tal vez, sintió que algo movía el bote salvavidas. Algo lo había tocado. Pensó en los tiburones y en que allí, en esas aguas ennegrecidas por el manto de la noche, conocería su fin.

– Haga el favor de cerrar esa puerta. Se volverá usted loco si se queda mirando hacia afuera toda la noche – escuchó.

Obedeció sin pensar y, al girar la cabeza, vio a un señor mayor de larga barba y elegante vestimenta sentado de piernas cruzadas frente a él.

– ¿Quién es usted? ¿Cómo llegó aquí? – Preguntó con prepotencia.

– No sea impertinente, García. Si no nos llevamos bien, este viaje se nos puede hacer insoportable – contestó el de larga barba.

– ¿Cómo sabe mi nombre? ¿Le conozco de algún lado? – preguntó García, haciendo caso omiso al pedido de su interlocutor.

– Usted es Joaquín García, cirujano plástico, ¿no es así? – dijo con confianza el señor de ropa elegante.

García se inquietó de verdad. ¿Era posible que hubiese naufragado alguien más junto a él? No había nadie más en su yate cuando partió, solo, por la mañana. Era improbable. Que supiera su nombre y su profesión, mucho más. Reflexionó que la sed le estaría jugando una mala pasada, e ignoró el diálogo. Volvió a recostarse sobre un lado y cerró los ojos para dormir. Ya llegaría a algún lado, o se cruzaría con algún barco. En el peor de los casos moriría, pero se negaba rotundamente a alucinar.

Al volver a abrir los ojos vio un cielo azul inmenso, tan inmenso que dolía. Cerró la pequeña puertecita de lona, porque su vista le resultaba insoportable.

– Gracias – dijo el señor de barba que estaba recostado transversalmente a sus pies –, ya me estaba empezando a incomodar el resplandor.

– Usted no es real – dijo despectivamente García, y extendió su cuerpo a propósito para corroborar que no había nadie allí más que él mismo.

Para su sorpresa, su pie derecho quedó encima de la rodillas del otro individuo, y de inmediato obtuvo una reacción.

– Es usted un verdadero maleducado, García. No he elegido yo ser su compañero de habitación, y tenga por cierto que jamás lo elegiría. Además sus pies huelen realmente mal. Haga el favor de correrlos – dijo el hombre de larga barba, indignado.

García sintió cierta vergüenza y se asustó. Esta vez, más que con la tormenta, e incluso más que con el naufragio. Aún así, se rehusaba a aceptar que el otro fuese de verdad. Para alucinación era bastante completo. Nunca había escuchado de una alucinación palpable. Obedeció al otro, e hizo un largo silencio.

Pensó en las posibilidades. A lo mejor al momento de zarpar llevaba oculto un polizón. A lo mejor incuso el polizón habría lanzado el bote salvavidas. No recordaba nada de ese momento. Forzó su mente a recordar, pero no había nada. Tal vez habría estado inconsciente. En tal caso el polizón lo habría cargado hasta el bote de emergencia, y le debía la vida.

– Dígame... ¿quién es usted? – dijo finalmente García, pareciendo

resignarse a la idea de no estar solo.

– Eso está mucho mejor. Mi nombre es Urteberri, y me dedico a viajar y pensar – dijo con naturalidad, y un cierto alivio de que su compañero de viaje finalmente dejase de ignorarlo.

Urteberri, pensó García. Nunca antes había escuchado ese apellido. Se asió a esa idea para aceptar que no podía ser una alucinación, no una tan creativa. Concluyó que las alucinaciones sólo podrían limitarse a caóticas permutaciones de recuerdos, de conceptos y palabras conocidas. De alguna manera ese pensamiento lo reconfortó.

– Urteberri, ¿podría usted decirme cómo ha llegado aquí? – disparó García, con la intención de aclarar el misterio de su posible polizón, y de recuperar el recuerdo de sus horas olvidadas.

– ¿Recuerda usted cómo llegó aquí? – respondió Urteberri, sin hacer siquiera un gesto.

– No. No recuerdo nada. Sólo que he salido la mañana de un treinta y uno de diciembre, que en mitad de la tarde el cielo se puso de pronto completamente encapotado y se desató una tempestad. Lo siguiente que recuerdo es abrir los ojos aquí dentro, las estrellas, y luego verlo a usted – respondió García.

– Por supuesto. No le preocupa a usted estar aquí, sino el vacío. Las horas perdidas. El momento en que perdió usted el control de su vida – contestó Urteberri.

– No me ha respondido – replicó, molesto, García.

– Eso es porque no hay nada que decir. He llegado aquí tal vez igual que usted. No lo recuerdo – dijo Urteberri con una indiferencia que resultaba verdaderamente molesta.

García pensó que se trataba de uno de esos que se creen los sabelotodo, la clase de hombre que más le molestaba, así que instintivamente contraatacó.

– Ha dicho usted que se dedicaba a viajar y pensar, Urteberri. Dígame, ¿es usted un filósofo errante, o simplemente un polizón?

– Ni lo uno ni lo otro, García. Me dedico a pensar lo que ha pasado, y a imaginar lo que vendrá. Viajo para llevar nuevas ideas, y esperanza – dijo Urteberri, mirándolo fijamente a los ojos.

– Entiendo. Es usted alguna clase de predicador – repuso manteniendo la mirada desafiante, sobre los ojos de Urteberri.

Urteberri sonrió, asombrado de su actitud impenitente.

– No imaginé que fuese usted tan simple, García. Creí que ya que

estábamos condenados a viajar juntos podríamos tener una conversación un poco más interesante. Veo que me equivoqué – concluyó Urteberri, y se dio media vuelta dándole la espalda a García.

Pasó el tiempo y el hambre se apoderó de García. Su estómago rugía sin parar desde hacía horas. Nunca había sentido realmente hambre. Esa sensación dolorosa y autoritaria, que sólo era superada por la sed. Urteberri se sentó, y abrió la puertecilla de lona que estaba de su lado. Miró un largo rato hacia afuera y preguntó:

– ¿No tiene sed, García?

– Muero de sed – contestó el otro inmediatamente.

– Pronto lloverá, y podremos beber. ¿Ve esas nubes? Traen lluvia. No tardará más de tres cuartos de hora – dijo tranquilamente Urteberri.

García, desconfiado, se aproximó y observó las nubes. Tres cuartos de hora después, bebió de la lluvia, y sintió un increíble alivio. Nunca había imaginado que algo tan simple lo hiciera verdaderamente feliz.

– Ha estado bien, ¿no es cierto? – rompió el silencio Urteberri, y García percibió cierto triunfalismo en sus palabras.

– Pensé que moriríamos de sed – contestó García.

– No sé cómo ha hecho usted para tener tanta certeza de que llovería – agregó.

– Le he dicho que me dedico a pensar. Observo, pienso. En mi juventud he sido zahorí – contestó Urteberri.

– Para mi eso vale lo mismo que el horóscopo – replicó groseramente García.

– No debe usted caer en semejante error, mi amigo. El horóscopo es una ciencia exacta que entiende sobre todo el universo, mientras que el trabajo del zahorí no es más que buscar agua. El zahorí puede equivocarse diez veces antes de hallar un manantial – indicó, serio, Urteberri.

García prefirió no discutir esta vez. Al fin y al cabo, Urteberri, aunque fuese de casualidad, le había anunciado el agua que tanto necesitaba. Si había acertado o no en el tiempo, no lo sabía. El único reloj de que disponía era el del trayecto del sol, y nunca se había molestado en observarlo demasiado.

– Sabe usted mucho, Urteberri – dijo García para suavizar la aspereza de su comentario previo.

– Sólo de algunas cosas. Observo y pienso. A diferencia de usted, que actúa en base a sus instintos – contestó Urteberri.

– ¿Qué sabe usted de mi? – preguntó intempestivamente García, irritado por el comentario.

– Fíjese. Lo ha vuelto a hacer. Es un caso bastante evidente. Debo decirle que me resulta usted intolerable, García – respondió Urteberri, sin hacer ademanes.

– Otra vez no me ha respondido. Luego se queja de mi – repuso García.

– Esta vez ha hecho una observación justa. Muy bien. Sé su nombre y su ocupación, eso ya lo ha visto. Sé que no tiene afectos. De lo contrario no se habría embarcado solo un treinta y uno de diciembre. Hubiese estado, como la mayoría, preparando alguna clase de festejo, por humilde que fuera, junto a algún ser querido. Sé que tiene un buen pasar, porque su yate era moderno y bonito y poseía un cómodo bote salvavidas cubierto de fabricación china – concluyó Urteberri.

– Impresionante. Es muy observador, y saca buenas deducciones. Confieso que el nombre y la profesión no entiendo cómo lo supo, pero es usted un buen sabueso – dijo elogiosamente García.

– Hay más. Es usted un tipo terriblemente quisquilloso, grosero y avasallante. Es vergonzosamente elitista, e incapaz de sentir empatía. Además sabe que sus pies huelen a queso, y le avergüenza – añadió Urteberri.

– ¿Y eso cómo lo sabe? – preguntó, incrédulo, García.

– Dígame, ¿cómo se llama el señor calvo que vigila el estacionamiento del hospital donde trabaja? – preguntó Urteberri.

García estrujó su mente tratando de recordar el nombre, pero no le llegaba ninguno hasta la lengua. Aceptó su derrota.

– Tiene usted razón, no lo sé. Y hace años que trabaja allí – admitió García.

– Ahora, cuando va usted a comprar algo ¿pide usted por favor, o dice simplemente “deme” o “voy a llevar”? – golpeó nuevamente Urteberri.

– No lo sé – respondió García.

Sin embargo, en su interior recibió la bofetada. Supo que en algún momento de la vida había dejado de decir por favor. No por considerar que un servicio no era un favor, sino por pura pedantería.

– Sé también que tiene cincuenta y dos años, y que le gustan las mujeres de menos de cuarenta... – agregó Urteberri.

– Eso no tiene nada de extraño. Mi edad es fácil de estimar, y con lo otro..., a todos les pasa igual – contestó firme García.

– A todos los inseguros – agregó Urteberri.

– Necesitan sentir que tienen el control de la situación, y en cuanto pueden avasallan de alguna manera. Es típico. ¿Por qué cree usted que las relaciones no le duran? – dijo, dejando la herida al descubierto.

– Todos somos diferentes. A la gente le cuesta encontrar alguien compatible. Que no haya tenido suerte en el amor no quiere decir que no la vaya a tener – repuso García.

– Ah, eso es interesante. Sobre la naturaleza estadística de las parejas felices, debo coincidir. No es complejo. Cualquiera puede imaginar un conjunto de canicas chocando entre sí. En un momento dado, alguna canica se encontrará con otra compatible y permanecerán juntas. Pero usted ya es veterano, García. ¿No le parece un poco raro que no encuentre la canica adecuada? – disparó Urteberri, acariciando su barba como un derviche.

– Puede ser. En todo caso, eso nada tiene que ver con el amor. Es cuestión de suerte – fanfarroneó García.

– Eso es ridículo. Debería darle vergüenza usar un argumento tan absurdo en lugar de admitir sus fallas. Tiene usted una oportunidad fabulosa de repensarse, de arrepentirse de sus errores antes de morir. Incluso de reflexionar junto a un desconocido mientras viaja a la deriva en un bote salvavidas. En cambio, decide usted ocultarse cobardemente. Como con sus pies – agregó Urteberri, hundiendo el dedo en la llaga.

– ¿Quiere la verdad? Tiene razón. No me importa. Igual vamos a morir los dos de hambre o sed, o devorados por un tiburón. En el peor de los casos viviremos y nunca nos volveremos a encontrar – contestó García.

– Mucho mejor... – murmuró Urteberri frotándose las manos con satisfacción.

– Fíjese usted, mi amigo. En todas las relaciones, y no me refiero sólo a las amorosas, hay un espacio de intercambio. De ida y vuelta. ¿Ha pensado alguna vez en qué podría sentir la otra persona? Imagínese por ejemplo cómo debió sentirse la recepcionista del edificio donde usted vivía cuando lo vio llegar muy acaramelado con aquella pelirroja elegante – insistió Urteberri.

García se quedó en silencio. Le molestó el planteo. Primero dudó, porque estaba claro que Urteberri estaba muy bien informado de los detalles de su vida. Luego pensó que no tenía derecho a hacerle esa pregunta. Al final, consideró el planteo, y se avergonzó.

– Eso fue una desgraciada casualidad. No se suponía que estuviese trabajando a esa hora – respondió en voz baja.

– No fue ni una desgracia ni una casualidad. Usted tenía una relación

con ella y se fue con otra mujer. Eso no tiene nada de casual. Es una acción detestable de su parte, García. Como tantas otras. ¿Qué importa si usted esperaba o no que ella estuviese allí? Además fue en año nuevo. ¿Consideró usted que tal vez la recepcionista se había quedado para darle una sorpresa y comenzar el año juntos? – disparó Urteberri directo al corazón.

Otra vez García quedó callado. ¿Y si era así? No lo había considerado. Tampoco le había parecido tan mal su actitud, pero ahora se sentía verdaderamente avergonzado.

– Como con sus pies – remató Urteberri.

No era posible. Le estaba pegando muy bajo. Durante la secundaria sus compañeros lo habían martirizado con el olor de sus pies. Y tenían razón, era infame. Ningún talco podal había podido con eso. Para colmo, el asunto le avergonzaba tanto que no había sido capaz de consultar nunca con sus colegas.

García comenzó a llorar. Se sintió verdaderamente deplorable. Un ser asqueroso, como una babosa, o un parásito intestinal. Aceptó su derrota. Se juró cambiar radicalmente si lograba sobrevivir. Lloró un buen rato. Primero como adulto arrepentido. Luego ya como un niño que llora sin recordar por qué.

– Ya debo irme. Debo estar en otro lugar muy pronto – oyó decir a Urteberri antes de que éste se tirase al mar y se alejara nadando.

Cerró sus ojos. Cuando los volvió a abrir estaba sobre una húmeda almohada, todavía agarrado del borde de la litera. Ya era de noche y la tormenta había pasado. Vio los fuegos artificiales en la costa. El año nuevo había llegado.

Abrir los ojos

En Jarjorin, capital del Imperio Mongol, se erigía un gran monasterio budista. Sobre el final de una fría tarde de primavera, un monje con la cabeza afeitada salió de una gran sala envuelto en su túnica de color naranja y caminó con paso inusitadamente apurado para esos corredores. En uno de los incontables recodos se cruzó con el viejo abad.

– Abad, necesito hablar con usted – dijo el monje con seis puntos blancos pintados sobre la cabeza.

– ¿Qué puedo hacer por ti, Bilguun? – preguntó el abad, disminuyendo la velocidad de su paso lo suficiente como para mantener la conversación.

– Estaba meditando, y llegué a un lugar que mi maestro jamás me mostró – dijo Bilguun.

– Dime, ¿cómo era ese lugar? – preguntó el abad.

– Helado. Tan helado que después de recitar los sutras todavía puedo sentir su frío – respondió el monje más joven.

– ¿Solitario? – preguntó el abad.

– La sensación era de soledad, aunque había muchas personas. No podía distinguir sus rostros, como cuando la bruma se apodera de las montañas – repuso Bilguun.

– Has visto la injusticia. Tu maestro no te lo enseñó, porque fue entrenado para apartarte de ella. Es un lugar al que solamente puedes llegar por tu cuenta – respondió el abad, deteniéndose y mirándole a los ojos.

– ¿Por qué he sentido tanto frío? He vivido como nómade en la helada estepa. He refugiado animales en la yurta bajo la ventisca y, desde que me uní a la orden hace diez años, he aprendido a controlar mis sensaciones con mucha fuerza – respondió Bilguun haciendo un ademán con la mano que sostenía un rosario con grandes cuentas de madera.

– Porque la injusticia no toma en cuenta a quién afecta. Es una de las cosas más heladas que existen – respondió el abad, con gesto compasivo.

– ¿No debería ser la Ley? – interpuso el monje joven.

– Tal vez. Pero eso depende ya de los gobernantes. En todo caso, van juntas – dijo el abad.

– Enséñeme por favor, maestro Abad – insitió Bilguun.

– Tú eres un buen traductor y copista. Por tus manos han pasado no sólo los textos de los de los sutras, sino todos los libros importantes en lengua mongola y sogdiana. Habrás llegado a leer las obras más importantes... – dijo elogiosamente el abad.

– Si. He copiado la *Altan devter* varias veces, al igual que las modernas, como *La historia secreta* o *la Estela de Yisungge*. Incluso podría repetir algunos pasajes de memoria – dijo con humildad el joven Bilguun.

– ¿Has visto alguna vez la Ley? – inquirió el abad.

– ¿La *Gran Yassa*? – repuso Bilguun.

– Esa misma – dijo el abad.

– No. Ahora que lo menciona..., no recuerdo haber visto jamás una copia – contestó Bilguun con gesto de asombro.

– Así es – dijo el abad satisfecho.

– ¿No es raro que no haya una copia en la biblioteca del monasterio? – preguntó el monje copista.

– A veces las cosas extrañas permanecen tanto tiempo delante de nuestros ojos que nos volvemos incapaces de reconocer que son extrañas – indicó el abad, volviéndole a mirar directo a los ojos.

– ¿Quiere decir que nunca hubo una copia en el monasterio? – indagó Bilguun.

– Ni en ningún otro lugar que yo haya conocido – agregó el abad.

– Pero... ¿cómo se puede administrar la justicia en el imperio, si sólo el Gran Jaan o sus allegados conocen la Ley? Se corre el riesgo de la arbitrariedad, de la injusticia – dijo con preocupación Bilguun.

– Esa no es una pregunta que yo pueda responder. Debes volver a la meditación profunda para hallar la respuesta – sentenció pacientemente el abad.

– Gracias, Abad – dijo Bilguun, pensativo.

Antes de disponerse a cruzar un largo corredor, el abad se detuvo otra vez y le dijo al joven monje:

– La vida es sufrimiento. Los monjes no debemos entrometernos en asuntos mundanos, pero si reflexionar. Recuerda la noche en que, luego de visitar los jardines del Palacio, Buda se sentó a meditar bajo

el árbol de pomarrosa y vio a un śramana que le dijo:

Donde hay calor, existe la posibilidad del frío. Las criaturas sujetas al dolor poseen la facultad del placer. El origen del mal indica que el bien puede desarrollarse. Porque estas cosas son correlativas. Así, donde hay mucho sufrimiento habrá mucha dicha sólo si abres los ojos para contemplarla.

La profesora cerró el libro mientras caminaba entre los asientos. Una estudiante intervino:

– Si la Ley es un secreto, ¿cómo puede saber la gente lo que está bien y lo que está mal?

– Bien o mal son siempre subjetivos. Esa es el arma secreta de la acusación de haber incumplido un mandato moral. La Ley debe ser objetiva – contestó la profesora.

– Es cierto. Pero podría reciclarse la pregunta y cuestionarnos cómo puede la gente saber qué es lo que se puede hacer y lo que no – agregó otro estudiante.

– Por eso la Ley debe ser de conocimiento público. De lo contrario, no difiere de la subjetividad de la moral. Ahí reside la trampa de la Yassa, la Ley secreta de Gengis Kan. Se delega un poder casi absoluto en quienes administran la justicia, y la arbitrariedad y la manipulación terminan por tirar abajo un imperio. Además de pública, debe ser respetada y evitar al máximo la excepcionalidad. Es lo que en el Derecho Anglosajón se llama Rule of Law – explicó la profesora.

– ¿No podría pensarse que una acumulación inabarcable de leyes es también una forma de ocultar lo importante, un imperio de la excepcionalidad? – volvió a preguntar la primer alumna.

– Explíquese, por favor –pidió la profesora.

La estudiante respondió:

– Bueno, en nuestro país tenemos casi veinte mil Leyes. Podrán argumentar que las Leyes de Presupuesto Nacional y sus accesorias dejan de tener razón de ser en pocos años. Es cierto. Descuéntenlas si lo desean. Son unas pocas por año. Multipliquen si lo desean por los años que tiene nuestra República. No llegan a dos mil. Súmenle las que se han derogado. Siendo muy conservadores con los números nos quedan más de quince mil, sin contar los Decretos del Poder Ejecutivo con carácter de Ley.

– Cierto, pero no olvide que muchas veces las Leyes de Presupuesto son utilizadas para introducir modificaciones en otras perdurables. Como cuando vimos el texto del caballo de Troya. Igual, el

razonamiento es bueno. Continúe – dijo la profesora.

– Me resulta un tanto bochornoso admitir esto delante de todos ustedes, pero no tengo la menor idea de cuántos decretos hay vigentes en este momento. No importa. Probablemente ustedes tampoco. Tal vez nadie lo sepa. Súmese a eso otra cantidad incontable de resoluciones de menor jerarquía, y expándase en progresión geométrica por toda la pirámide de Kelsen hasta llegar al acto administrativo más insignificante. ¿No es eso inabarcable? ¿Puede alguien conocer cada milímetro de cada cabello de su cuerpo? Ni hablar de lo que representa para quienes no se dedican al estudio de los cabellos – concluyó la estudiante.

– O de las Leyes – agregó alguien desde el fondo de la sala.

Hubo una risa generalizada. Cuando el silencio volvió a reinar, la profesora respondió:

– No tengo dudas de que el número de normas es inabarcable. Por algo existen especialistas en las distintas ramas del Derecho.

– Es cierto. Pero las Leyes no deberían hacerse para las personas que se especializan, sino para toda la población de un país – planteó otro alumno.

– ¿Cuántas leyes serían verdaderamente necesarias? ¿No sería más fácil asegurarse el cumplimiento de unos pocos cientos de Leyes, que acumularlas como acumulan estampillas los filatelistas? – agregó.

– También está el problema de la interpretación – interpuso otro.

– Explíquese por favor – dijo la profesora.

– Claro. Mi punto es que no tiene la menor importancia el número de Leyes, o incluso su publicidad, si cada uno las va a interpretar como quiere. ¿Cómo es posible que frente a un mismo texto algunas personas interpreten una cosa, y otras algo diametralmente opuesto? Sólo puede explicarse porque tuercen la interpretación de acuerdo a sus intereses. ¿No es eso equivalente a lo que hacía Gengis Kan? – respondió el estudiante.

– ¿A alguien se le ocurre una respuesta? – preguntó la profesora.

– ¿Ahora has entendido por qué los monjes budistas no nos mezclamos en asuntos mundanos?

– Si, maestro.

– Ya estás listo para ser Abad, Bilguun. Puedes ir a recitar los sutras.

Medidas para asegurar la felicidad

La campanilla del despertador me resulta exasperante. ¿Por qué no tendré un despertador moderno, de esos con sonidos de cascadas y pajaritos que uno puede postergar una y otra vez cada cinco minutos? A las seis de la mañana cada minuto extra en la cama vale oro. Pero no, tengo uno de industria china que es fuerte como una roca y suena como un teléfono antiguo. La vecina del piso de arriba me odia por ese ruido. Cada vez que suena, golpea con algún objeto en su piso para que me entere.

Peleo con la luz por abrir los ojos. Aún después de abrirlos parece que no ven bien, como cuando se mira a través de un cristal empañado. Igual de empañado que el espejo por el vapor de la ducha, donde lucho por verme para repasar mi afeitada.

Me pongo la camisa y abrocho los botones. Llego a los puños y me detengo antes de intentarlo. Debería haber un equilibrio entre el tamaño de los botones y el de los ojales de los puños. Imagino que las personas que no tienen costumbre o necesidad de usar camisa gozarán de mejor humor. Será por esa ventaja que poseen, a la mañana temprano cuando hay que salir a trabajar, de no ser víctimas de esa guerra entre los botones y los ojales. O entre los gremios de sus fabricantes. Alguien debería ocuparse de regular estas medidas para proteger la felicidad.

Tropiezo con los muebles para preparar el café con leche. Se quema el borde de mi tostada. Aún así sobrevivo sin salir a la calle oliendo a humo. El bus pasa lleno y no se detiene. Llego tarde a trabajar, pero a nadie más que a mi le importa. Tomo el siguiente. Nadie se percata de mi durante el viaje. Todos van vestidos de gris o de marrón, y llevan su paraguas por si llueve.

En las ciudades pequeñas la gente prácticamente no anda de camisa. Es un símbolo de la burocracia organizada, de las oficinas y los ascensores. Como los zapatos de punta. Un adefesio que la gente de las grandes ciudades lleva con orgullo, considerando esa incomodidad parte del precio a pagar por la comodidad de la calefacción central y el servicio de portería.

Marco la planta baja y me siento protegido por el aire viciado y las luz artificial del ascensor. Saludo a la vecina que sale a la calle al mismo tiempo. La jungla me abruma. Subo al tranvía y me uno a esa enfermedad gregaria de las ciudades. Mis pensamientos se pierden en

la espesura de la multitud. Desciendo. Mañana me pondré ropa cómoda. No volveré a pisar el asfalto.

Primus

Hace millones de años, durante el período Cámbrico, aparecieron los artrópodos. Ancestros de los insectos, los crustáceos y los arácnidos actuales. Animales con esqueletos exteriores articulados y partes blandas dentro.

Reinaron en el planeta conquistando los mares con sus branquias, la tierra con sus patas excavadoras y los aires con sus alas membranosas. Al principio pequeños, luego gigantescos. A medida que fue descendiendo la cantidad de oxígeno de nuestra atmósfera, exceptuando unos pocos que habitan los mares, se fueron volviendo realmente pequeños. También se fueron sofisticando. La adaptación al hábitat complejizó muchos de sus comportamientos. Desarrollaron colores hermosos como las mariposas, luz propia como las luciérnagas, o hábitos extravagantes como el escarabajo estercolero. Miles de especies han desaparecido y seguirán haciéndolo. Algunas como lo habrían hecho de todos modos, otras por acción de la humanidad.

Muchas nos resultan beneficiosas, como las abejas o las vaquitas de San Antonio. Otras nos resultan terribles como los pulgones o los mosquitos. De la gran mayoría no sabemos nada. O casi nada. Sabemos que han sobrevivido en la Tierra mucho más que nosotros, conviviendo con otros seres que nos ponen la piel de gallina. A veces ellos mismos nos causan repulsión, incluso cuando son extremadamente tímidos como las cucarachas.

En algunos casos nos resultan divertidos o curiosos por su comportamiento, como los bichos bolita o las hormigas. La mayoría no sabe que el peso de las hormigas es alrededor de diez veces mayor que el de los seres humanos en conjunto. Ni imaginamos qué ocurriría con la tierra cultivable si las hormigas no trabajaran debajo todo el tiempo. Pero nos empecinamos en matarlas porque prefieren comerse nuestras plantas favoritas en lugar de las malezas. Por suerte somos incompetentes y ellas poderosas. Como la mayoría de los artrópodos. Son la forma de vida animal más abundante y diversa de nuestro planeta.

Se piensa que los artrópodos más antiguos se parecían a los bichos bolita. Se dice que al menos ese podría haber sido el plan corporal más primitivo. Ellos han evolucionado, por supuesto, pero han mantenido la esencia de su formato. Otros, han sido muy innovadores. Pero quiero hablar de uno que casi nadie conoce. Uno que se ha

mantenido incambiado a través de millones de años. Como especie, fueron diezmados por los dinosaurios, que podían percibirlos y cazarlos para alimentarse de sus tejidos ancestrales. Eso fue hace ya más de sesenta millones de años. Son los *Primus*.

Los humanos no podemos ver a los *Primus*, porque durante el Cámbrico, cuando los animales sólo habitaban los mares, sus antepasados desarrollaron unos hábitos muy peculiares. Sus ojos, como los de los trilobites, poseen cristalinos especiales, que le permiten habitar lugares que nosotros no somos capaces de ver. Es su defensa. No tienen garras ni ponzoña. Ni siquiera una secreción de sustancia repugnatoria, como algunas chinches u opiliones.

Al igual que las cucarachas, se hicieron tímidos y gustan de moverse cuando no hay nadie cerca. Su hemolinfa, el fluido que circula en su interior, es azul, como la de los antiguos cangrejos cacerola. Al igual que ellos, poseen un sistema inmunitario muy especial que a los biólogos nos encantaría estudiar. Pero no podemos, porque no podemos verlos.

Sin embargo están ahí. Múltiples experiencias lo avalan. Mías propias, y de todo el mundo. Sólo hay que prestar atención. No es como con los extraterrestres que alguien ve una luz en medio de la niebla un día peculiar y cree que es un platillo volante. Esto es diferente. Cotidiano.

Para saber si tenemos el privilegio de convivir con una pequeña colonia de *Primus* debemos observar si de nuestra casa desaparecen cosas. Pequeñas cosas. Una pelotita. La tapa de un bolígrafo. Un pequeño papel. Les encanta el papel. Como a los pececillos de plata. Pero los *Primus* se lo llevan. Y nadie sabe qué hacen con él. Tal vez lo comen. Por ahora nadie sabe de qué se alimentan. No es del todo probable que coman papel, porque a veces lo abandonan en lugares recónditos. Quizá sea algún componente de las tintas que les desagrada. Aún no lo sabemos. Si nos desaparecen cosas, no debemos enojarnos. Es que tenemos la suerte de convivir con un grupo de pequeños, antiguos, y misteriosos *Primus*.

Birka

Life's but a walking shadow; a poor player,
That struts and frets his hour upon the stage,
And then is heard no more: it is a tale
Told by an idiot, full of sound and fury,
Signifying nothing.

———————————————

Macbeth [V:5]

Según he podido recordar, nací un veintisiete de abril del año setecientos noventa y dos. Mi madre me dio a luz en una humilde choza de Birka, a la que la llevaron de apuro cuando vendía pescado seco en el mercado. Mi padre era artesano. A menudo decía que con todas las casas que había construido, llegaría el día en que no quedarían más abedules en la isla.

Viví una infancia feliz, pescando, juntando caracoles en el bosque y bañándome en el lago durante el verano. A la edad de doce años había aprendido el oficio de mi padre. Un día me convertí en el principal constructor, y el rey Björn envió por mi para construir un nuevo embarcadero. El jardín, como llamaban a su finca, era más bien un poblado señorial. Desde la otra orilla del lago siempre me había parecido misteriosa y diferente. Con los demás niños nos imaginábamos que sería tierra de trolls y de cavernas. Pero no era así, y un poco me decepcioné. Cierto es que en su corte vivían sabias y valientes guerreros, pero durante el tiempo que duró mi trabajo allí no descubrí ni un solo troll. Lo compensaba la bebida que la gente del rey nos traía. Una bebida fuerte, con un poco de sabor a bayas rojas y enebro. Cuando regresé a casa ya no sentí más intriga por aquel jardín del rey.

De vez en cuando recordaba el extraño montículo de la cosa, un terraplén que en lugar de verse redondeado tenía aspecto aplanado. Allí descansaba la familia real, según supe mucho después.

Mi pueblo era próspero gracias al comercio y, según yo lo entendía en ese momento, el mundo entero se congregaba allí para realizar sus intercambios. Los años pasaron y conocí a un mercader árabe que volvía todos los veranos. Sin pensarlo, un día me convertí en su marinero. Debe haber sido más por la simpatía que me tenía desde mi

casi niñez que por mis habilidades como navegante.

Partimos hacia Paviken. Luego fueron Åhus y Hedeby, de camino al sur. Conocí el mundo, y volví varias veces a mi pequeña isla. El sol de Levante castigó mi piel con llagas, y el frío de mis latitudes se me fue haciendo intolerable. Aprendí a protegerme de ambos, y comencé a sentirme en casa sólo sobre el mar. Poco antes de morir, el árabe me enseñó la importancia de los cítricos para los navegantes y algunos otros rudimentos de su medicina moderna.

Llegué a un bonito puerto en una isla y decidí quedarme. Gracias a mi condición de comerciante y a mi maestro árabe aprendí lenguas para llevar adelante el negocio. Así, supe de los locales que allí descansaban los restos de un poderoso rey llamado Arturo y que aquella isla era conocida como Avalon. Se me antojó que la suerte estaba de mi lado y que sobrevendrían innumerables aventuras en una tierra donde descansaban tales huesos.

Sin embargo, la falta de costumbre o la endiablada humedad que inundaba la zona durante todas las estaciones me hizo enfermar. Sin pena ni gloria morí un día de noviembre oyendo llover.

Abrí los ojos y no pude o no supe hablar. Recordaba el sonido de la lluvia y el balido de las ovejas. Sin decir agua va, me envolvieron en unos trapos y me amamantaron salvajemente hasta que vomité. Los días pasaron sin prisa y de a poco di pasos torpes. Logré controlar mi cuerpo, y casi sin darme cuenta comencé a balbucear.

Tuve buenos padres y grandes amigos. Disfruté la granja trabajando duro, aunque ni por azar prosperé. Vino a mi mente un recuerdo empañado por la sal y la lejanía. Recordé al árabe y mi vida en el mar. Al principio sospeché que alguna hechicera me habría intoxicado con sus artes. Luego, me fui convenciendo de que era real.

Me hice a la mar esta vez con comerciantes griegos, con los que recorrí muchas costas que me eran familiares. Sólo las personas habían cambiado. Las guerras, la paz, el amor, el odio, la codicia, el clima, todo estaba igual.

El Imperio Romano había cambiado, decía la gente, aunque yo no fui capaz de percibirlo. Aposté en Bizancio por unos gladiadores a sugerencia de Jorge el Monje, y gané. Mis amigos griegos perdieron su barco en esa misma lucha. Así que lo compré, y mis empleadores se volvieron mi tripulación. Pasaron los años, hasta que resolví retirarme.

El comercio me había granjeado ya sendas ganancias como para establecerme y envejecer en la inamovible Grecia. El sol calentaba y los higos abundaban. De mi primer juventud, al menos la primera que recuerdo, quedaban ya sólo unas pocas memorias. Imágenes difusas

en mi mente. El olor a madera de abedul de mi casa materna, una secuencia de imágenes de una carrera por el bosque. El sabor ácido de las bayas rojas, el frío disecante de las aguas del Mälaren.

Decidí apostar una vez más, esta vez por el amor de la amable Athenasia. Compartimos la pasión por el vino, el baile y el tinte gris y melancólico de los olivos. Podría decir que fuimos sumamente felices asistiendo con asiduidad a los atardeceres sobre el mar. Cuidamos de nuestras vides y sonreímos a los conocidos y los desconocidos. Inesperadamente, un día me convertí en víctima de la disentería. En Bizancio había aprendido que el gran Constantino murió por esa causa. Luego de tres infames días cerré los ojos bajo las lágrimas de mi querida, para no volver a verla jamás.

Varios ciclos más de cerrar y abrir los ojos viví. Fui herrero frente al Sena, y campesino en Baviera. Crecí entre los Sámis, donde los osos hablan con el Señor de las montañas y con el cielo. Mis recuerdos de ciclos anteriores me salvaron de soportar el rigor de los hielos como único mundo conocido. Emprendí entonces una larga travesía y me asenté en la ladera de los Urales. Aprendí el modo de vida de los baskires y llegué a disfrutarlo. Culpo a mis largos recuerdos de aburrirme de aquella vida.

Me marché a Kíev, donde me hice cristiano. Para mi desgracia también me hice alcohólico y me fui degradando hasta la ruina.

Un día me convertí en mendigo, andrajoso y descolorido. Vergüenza de todos, amigo de nadie y enemigo de mí mismo. Sólo el frío y la desgracia me hicieron compañía. Cuando un crudo invierno me encontré a la intemperie sentí que moría, y que aquellos recuerdos horribles me acompañarían eternamente.

Para mi sorpresa, tuve suerte. Un monje se apiadó de mi y me llevó a su monasterio. Me entregué a la oración. Aprendí a leer y me dediqué al estudio del Verbo. Me hice anciano. Tan anciano que los hermanos dicen que es un milagro. Imagino que en este punto mis plegarias habrán sido escuchadas. De otro modo, ya habría regresado a continuar este texto.

La fábrica de sueños

Las maravillas están en todos lados, aunque la mayoría seamos demasiado toscos para percibirlas. A veces, se las encuentra en una pequeña flor o un aroma. Otras, en una roca o una seta que la mayoría pisaremos sin detenernos a observar.

Clara era muy diferente. Para ella, la vida tenía una sorpresa en cada rincón esperando ser descubierta. Su pasatiempo favorito era sentarse a tejer, rodeada de esos ovillos de pelo y pereza que los humanos llamamos gatos.

Una tarde de mucho calor, se decidió a tejer un pequeño muñeco para su sobrino. Hizo el primer nudo y los siguientes fluyeron como el agua de un manantial. A medida que su obra crecía, más interés por verla terminada tenía. Entró en un frenesí. Tejió y tejió, sólo deteniéndose de vez en cuando por motivos ineludibles. Horas después, el pequeño pingüino blanco y negro estaba terminado. Lo rellenó con algodón y lo admiró.

Se dio cuenta que no había almorzado, y que ni siquiera lo había notado. Preparó un sándwich para acallar el rugido de sus entrañas, pero antes de poder sentarse a comer sintió que llamaban a la puerta. Con la domesticada resignación de quienes suelen ver interrumpido el tiempo propio a causa de su trabajo, abrió.

Una señora de edad indefinida y de aspecto abrumadoramente corriente esperaba del otro lado. Traía consigo una maleta con ruedas del tipo de las que usan quienes acostumbran a viajar frecuentemente en avión.

– Estoy ofreciendo libros – dijo la señora, pareciendo esbozar la enésima repetición de aquella inveterada sonrisa.

Clara la invitó a pasar. Es posible que no tanto por el interés en su mercadería, sino más bien por piedad. La edad avanzada de la señora, el calor soporífero, la severidad del sol. Todo confluyó para que Clara le ofreciera asiento en su sala de estar. Luego de alcanzarle un vaso con agua, escuchó un monólogo acerca de las bondades de las enciclopedias de su maleta y la oportunidad de comprarlas en cómodas cuotas.

Oyó los conocidos clichés de que el saber no ocupa lugar, que la historia es imperecedera, que más que un gasto era una inversión. Luego que las cuotas, que un práctico mueble para armar, que la

encuadernación era de primera.

La hábil vendedora observó a la potencial clienta y su entorno y actuó en consecuencia con la velocidad de un depredador.

– Tengo la Enciclopedia Universal del Tejido en cinco tomos – espoleó la vendedora, atrapando a sabiendas la atención de Clara.

– ¿Ah, si? – musitó Clara, pareciendo morder el anzuelo con fallido disimulo.

Abrió el cierre de cremallera de la maleta. Tomó un volumen con una encuadernación bonita cuya tapa dura, cubierta de cuero probablemente sintético, estaba coronada por unas pomposas letras doradas que decían Enciclopedia Universal del Tejido, tomo primero.

Mostró algunas láminas a color donde se explicaba cómo montar los puntos sobre las agujas, cómo hacer los remates, cómo elegir la combinación de agujas y tipos de lana, y muchas otras más. El precio le pareció razonable, especialmente por tratarse de cinco tomos. A Clara también.

La señora se excusó de múltiples formas y pidió a Clara para pasar al cuarto de baño. Clara la acompañó y la esperó por unos veinte minutos. Al ver que la señora no volvía al estar, se acercó a la puerta e incómoda con la situación dio tres pequeños golpes en la puerta con sus falanges. Al término del tercer golpe sintió que había algo extraño.

– ¿Está usted bien? – atinó a preguntar Clara a través de la puerta.

No obtuvo respuesta. Repitió la operación temiendo que la señora se hubiese desvanecido por un descenso de presión a causa del calor agobiante, o del esfuerzo físico que suponía para una persona añosa cargar con una maleta llena de libros. A la tercera vez su preocupación creció y decidió tomar acción, aunque le pareciese impúdica mas no inoportuna. Su gato Marcel se había desenrollado para acompañarla en la tarea.

Abrió despacio la puerta y entró al cuarto de baño cabizbaja. Procurando ver pero no mirar. Marcel se coló entre sus piernas e hizo un recorrido por el lugar, precediéndola. Luego se subió al inodoro y se acostó sobre la tapa. No había nadie en el baño más que ella y su gato.

Clara volvió al estar, desconcertada. El gato prefirió permanecer inamovible sobre la tapa del inodoro. Revisó las demás habitaciones, pensando que quizá la anciana formaría parte de una banda de ladrones, como los que había escuchado en la radio que a veces aparecían en la capital. Sin embargo, no había rastro de la anciana por ninguna parte. Puertas, ventanas y cortinas estaban cerradas a esa hora para evitar que el calor plomizo conquistara el interior de la casa.

Una vez más regresó al estar, desconcertada. Observó el pingüino de lana, como queriendo pedirle una respuesta. Con la mirada aún calibrada para ver sin mirar sintió que el pingüino se le caía al lado de la maleta de los libros. Se agachó a levantarlo y vio una etiqueta, de las que suele ponerse al equipaje en caso de extravío. Fijó la vista en ella y, volviendo a mirar, leyó la inscripción: Clara.

Ciertamente la coincidencia con su nombre era inquietante. En el momento se le ocurrió que a lo mejor había algún otro dato que le permitiese dar con la dueña para devolverle los libros. Examinó con cuidado la etiqueta pero no pareció descubrir nada más.

Vaciló un buen rato antes de decidirse a abrir una maleta que no le pertenecía. Primero la movió de lugar, y observó que no estaba tan pesada como esperaba. La curiosidad generada por ese hecho alimentó su diligencia para averiguar a quién pertenecía. Finalmente abrió la cremallera y, al ver el interior, su sorpresa fue enorme. Los otros cuatro tomos de la Enciclopedia Universal del Tejido, sobre un montón de ovillos de lana de todos colores que ocupaban la mayor parte del volumen de la valija.

Tomó en su mano uno de los volúmenes que encontró sobre las lanas y observó que, aunque llevaba el mismo título que el que la vendedora le había mostrado, estaba forrado con cuero natural y las letras de la tapa y el lomo eran de un intenso color dorado. Sin perder tiempo abrió en una página al azar y descubrió un hermoso diseño. Un suéter con pequeños patos verdes sobre un estanque de aguas celestes.

Fue por sus agujas, buscó los colores necesarios entre las lanas de la maleta y comenzó a tejer. Tejió incansablemente, y al terminar el día había terminado la parte trasera. Se durmió sentada en el sofá con su gata Amapola enroscada al lado de sus pies. Soñó con una pequeña niña de tez oscura y sonrisa de estrellas. Corría jugando alegremente junto a un pequeño lago con patos. Oyó la voz del padre que le recordaba no acercarse a la orilla. Luna era el nombre. Luego vio un nido y descubrió los huevos de la pata en un pastizal. Vio eclosionar uno de ellos, y lloró de alegría con el pequeño y torpe patito. Luego despertó.

Desayunó unas tostadas con mermelada y su habitual café de cebada. Una vez que hubo cepillado sus dientes se peinó, y se dispuso a tejer el frente del suéter. Para su sorpresa, en el diseño del libro habían aparecido la niña y el matorral con el nido. Lo tejió al pie de la letra, o al pie de su sueño, y antes del final del día le cosió las mangas. Observó su obra con atención, y la halló hermosa.

Una vez más reparó en el frenesí que se apoderaba de ella al tejer, y se tomó el tiempo de prepararse una cena digna. Agotada, se acostó

sobre su cama y durmió de un tirón hasta el día siguiente. Soñó con mariposas. Azules, amarillas, blancas. También soñó con un campo de flores, y sintió que corría entre ellas y las mariposas. Luego se fue alejando, adquiriendo una perspectiva panorámica como en un documental. Vio una pequeña niña pelirroja corriendo y haciendo revolotear las mariposas de colores.

Desayunó tostadas con miel, y las acompañó con un café de cebada. Una vez que hubo cepillado sus dientes, se peinó y se dispuso a tejer. Vaciló por un instante, masticando la idea de que pasaría todas sus vacaciones tejiendo. Concluyó que no le importaba, que no tenía nada mejor para hacer.

Abrió otro de los tomos de la Enciclopedia y descubrió el patrón para hacer un bello saco con flores y mariposas. El asombro iba diluyéndose, porque de algún modo sabía que eso sería lo que hallaría. Se preguntó qué ocurriría si cambiaba de página. Para su asombro descubrió diseños abstractos, puntos de fantasía, vainillas, bufandas, pero ningún otro patrón con dibujos.

Intrigada, tomó otro tomo y descubrió que estaba dedicado al tejido con ganchillo en sus infinitas variantes. Descubrió que se usaban herramientas inesperadas como el ganchillo tunecino, o incluso un palo de escoba para el punto peruano. Se prometió aprender a tejer crochet algún fin de semana que estuviese aburrida, o que el estado del tiempo le impidiera salir al cine o a caminar.

Tomó el cuarto libro y descubrió un tratado sobre la historia del tejido. Situaba los comienzos en la brumosa lejanía del neolítico. Reconocía el antiguo Egipto, y luego el Oriente Medio como el lugar de florecimiento de las técnicas textiles según las evidencias arqueológicas. Discurrió por las páginas para descubrir que desde los tiempos de Tutmosis III, sexto rey de la decimoctava dinastía, existía una casta especial de sacerdotisas dedicadas a salvaguardar los secretos del arte textil. Es probable que esta casta hubiese sido instituida personalmente por su madrastra, la faraón Hatshepsut, o por el propio Tutmosis III considerado patrono de las artes, ya que creía que se podían tejer los sueños.

Según el libro, los jeroglíficos de un antiguo papiro hallado en una excavación a las afueras de Tebas en mil novecientos veintiséis revelaban que el proceso de selección de estas guardianas era eterno y explicado en el Libro de Thot. Desgraciadamente, la última copia conocida se habría perdido junto con la Gran Biblioteca de Alejandría. Saltó muchas páginas y vio cómo se analizaba con un inesperado lujo de detalles cada período. En la página que se detuvo, se relataba cómo una singular tejedora mora había sido contratada por la familia real

española en el año mil ciento doce, y había comenzado así la expansión del arte en España.

Una desmesurada curiosidad la invadió y tomó el último volumen. Las páginas, delicadas y amarillentas, sólo contenían una larguísima lista de nombres y dos fechas. La mayoría de los nombres le resultaron incomprensibles, fuera porque estaban escritos con una grafía que le era ininteligible, o porque la tinta estaba casi desvanecida. Por algunos lugares vio manchas; probablemente testigos de alguna gota de agua que las provocó. Salteó páginas y llegó hasta la última que estaba escrita. Leyó su nombre y la fecha del día que la anciana golpeó a su puerta.

Garito

Todo el día había estado nublado. Se veía que a la noche no cambiaría, pero nadie previó que sería endiabladamente oscura.

El caballo caminaba despacio, probablemente tratando de evitar pisar alguna piedra o un inesperado pozo, pero conocía perfectamente el camino. Tardó un poco más de lo habitual, pero el último repecho antes de llegar a la casa lo hizo prácticamente al trote. Es posible que el olor a humo, o la débil luz de la lámpara de querosén le guiaran en este último tramo.

Ató las riendas al alambrado, flojas, como para que el caballo pudiese pastar, previendo que demoraría. Abrió un pequeño portón de madera que, al tocarlo, recordó que estaba cubierto de líquenes. Recordó también que la madera era tan vieja y curtida por las inclemencias del tiempo, que se veía ya de color gris. Nada de esto vio esa noche, pero recordaba que a la luz de la luna el portón tenía un aspecto fantasmal.

Guiado por su memoria y por la voz de una mujer que salía refunfuñando del galpón con un pequeño farol, se dirigió a la puerta. Golpeó. Le abrió un hombre menudo y desgreñado que, iluminado de atrás con la débil luz de unos candiles, parecía un pequeño ogro.

– Están allá en la cocina – dijo, dándose la vuelta y cerrando la puerta.

El Brasilero se dirigió a la cocina, un pequeño rancho de fajina con techo de paja que se encontraba contra el otro lado del alambrado perimetral de la casa. La luz que escapaba por las rendijas de la puerta le llevó por el patio, entre los naranjos, hasta la cocina.

Empujó la puerta y vio cuatro hombres sentados alrededor de la precaria mesa. Se quedó un instante parado, mirándolos. Sintió en el rostro el calor que emanaba del rancho. La cocina de hierro debió haber estado prendida muchas horas. Tal vez habrían tenido que interrumpir el juego varias veces para salir a picar leña. La situación le resultó exageradamente familiar, igual a tantas otras que había vivido allí y en otros garitos. El olor era una mezcla de humo de leña, combustión de querosén de la lámpara, tabaco, y oveja.

– ¿Se va a quedar ahí? – le preguntó el dueño de casa.

Se tomó otro instante antes de salir de su hipnosis para entrar y cerrar la puerta.

– ¡Qué negrura la de esta noche! – dijo el Brasilero, mientras se quitaba

el poncho y lo colgaba en el gancho de la pared.

– Eso mismo dijo Don Santos antes de irse, hace un rato – respondió otro de los hombres con una voz un poco aguda de más, para el gusto del Brasilero.

Lo miró bien. Advirtió que el mozo era todavía muy joven para estar en un lugar de esos y sintió un atisbo de compasión por él. Razonó que debía ser uno de los peones nuevos que había llegado para la esquila, porque nunca lo había visto antes.

– Sírvase, Brasilero – le dijo el dueño de casa haciendo un movimiento con la cabeza para señalar la botella de aguardiente.

Reconoció la botella. Era una de las que él mismo había traído de contrabando casi tres semanas atrás. Le molestó un poco la situación, porque la noche que había cruzado la frontera con el carro cargado de mercadería había ido a parar al garito. Allí mismo había perdido todo el aguardiente. Por algo le decían el juego del diablo. Esta noche pensaba recuperarlo. No se le había cruzado por la cabeza que tal vez ya se lo habrían bebido casi todo, y cargó con una incomodidad extra.

– ¿Va a jugar al Monte, o vino a conversar nomás? – dijo atrevidamente el jovenzuelo.

El Brasilero se molestó, y lo disimuló con poco esmero. Decidió ignorarlo, pero se empeñó en que el otro lo notara. Tomó una silla. Se sentó, se acercó la copa, y la llenó de aguardiente. La bebió de un tirón, y se volvió a servir. De alguna forma pensaba que la botella le pertenecía y que, en todo caso, ya que ahora la tenía el banquero, le saldría cara la generosidad.

– ¿Me pasa la copa, por favor? – dijo el mozuelo con ojos centelleantes.

Tal vez quería medirse con el Brasilero, que tenía fama de guapo. Tal vez quería sentirse mayor. Quién sabe. El Brasilero apoyó la copa en la mesa. Esperó unos instantes, como desafiando, y luego le alcanzó la copa y la botella al joven. El mozo hizo lo mismo que él. Se sirvió la copa llena y se la bebió de un tirón, luego otra.

El Brasilero se convenció que el otro debía trabajar en la esquila. Pensó socarronamente que perdería el jornal esa noche, y todas las siguientes. Por un instante se sintió un poco tonto, porque el mismo razonamiento podía aplicarse también sobre sí mismo.

Puso un billete al lado de uno de los naipes, adelantándose a los demás. No por valentía, sino más bien por cábala. Luego los demás hicieron lo propio.

Acertó el palo tres veces, y perdió unas dieciocho. El jovenzuelo también, y el otro. La diferencia estaba en que el Brasilero sabía que

debía retirarse. El que aún no había dicho nada, el mudo, atinó a decir que apostaba una oveja. El más joven se sacó una medallita del cuello y la puso al lado de una carta. El Brasilero se retiró.

Miró la medallita y la reconoció. Era de la Julia. Él mismo se la había comprado en uno de sus viajes al Brasil muchos años atrás. Dudó un instante y finalmente dijo:

– Momento.

El banquero detuvo el juego, pensando que le habría descubierto haciendo trampa y tanteó el cuchillo que tenía atravesado en el cinturón.

– ¿La medalla esa es suya? – preguntó el Brasilero.

– Me la dio mi madre ¿Algún problema? – contestó desafiante el mozuelo.

Al Brasilero se le confundieron las ideas. Recuerdos en el catre con la Julia, el aroma de la yerba mate a la mañana, el pan casero que preparaba. Miró nuevamente al joven y, en silencio pensó que bien podría ser hijo suyo. Ni veinte años tendría. El pensamiento le heló la sangre, porque la escena de la copa y el aguardiente ya lo había ablandado. Ahora el aguardiente mismo le estaba jugando una mala pasada. Creyó que se le escaparía una lágrima y, para no quedar como un borracho o como un llorón, se apuró a decir.

– Salga de acá, m'hijo. ¡Vayasé!

– ¿Y usté quién es para venir a decirme eso? – repuso el joven, otra vez desafiante.

El Brasilero se reconoció a sí mismo veinte años atrás reaccionando de la misma manera, con un ímpetu que había deslumbrado a la joven Julia. Su madre estaría orgullosa de este mozuelo, pensó.

– Le digo que se vaya ahora mismo y punto – contestó el Brasilero, tan imperativo que no dejó dudas de que estaba dispuesto a sacarlo a empujones.

– Venga y sáqueme usté – azuzó nuevamente el joven.

El dueño de casa, que veía venir el pleito de forma inminente, intervino.

– Se van los dos para afuera. Arreglen su asunto en el monte o donde se les dé la gana. Aquí no es lugar para peleas. A ver si se mata uno y tengo a todo el regimiento haciendo preguntas. Váyanse los dos. Agarre su medallita y no vuelva hasta que se calme. Y usté, Brasilero, ya sabe – dijo el dueño de casa acercándose a la puerta y viéndolos retirarse.

Subieron como pudieron a sus caballos y bajaron la colina. Ya en el monte, cerca del arroyo, descabalgaron dos bultos borrachos en una espesura de árboles y de noche. El Brasilero ya se había aplacado, porque había logrado lo que quería. El joven, en cambio, estaba con más bríos que nunca. Le dijo al Brasilero que no tenía que meterse donde no debía, que él ya era un hombre por joven que fuese, y que nadie le daba órdenes por el momento.

El Brasilero quiso preguntarle por su madre. Contarle que era su padre. A lo mejor, hasta abrazarlo y hablarle de la vida. Él tampoco había tenido padre. Por supuesto, no estaba seguro, porque tampoco sabía la edad del joven. Sin embargo, a esa altura de la noche, un más o menos multiplicado por unas cuantas copas de aguardiente le daba bastante certeza.

El mozuelo sacó su cuchillo. El Brasilero se quedó mirando, inmóvil. El joven le hizo una seña con la cabeza, para que reaccionara. El Brasilero se quedó quieto, mirándolo.

– Mire, yo no saco a Doña Faca por nada. Usted ya debería ir aprendiendo eso – dijo el Brasilero, dándole a su posible hijo su primera y tardía lección de vida.

– No pensé que usté fuera un maula – dijo el mozo, con una sonrisa burlona.

En cualquier otro momento, el Brasilero le hubiera dado por lo menos tres puñaladas antes de que el otro reaccionara. Esta vez no. Se subió al caballo, y antes de darse la media vuelta, dijo:

– Dele mis saludos a su madre, y vaya a festejar su santo. Hoy volvió a nacer.

Nunca leí a Onetti

– No es verdad – interpuso ella, con expresión de incredulidad.

– Es cierto – afirmó él, con ojos inocentes.

– Todo el mundo me dice que debo leerlo. Creo que simplemente no se ha dado. Algún día me cruzaré con algún libro en un estante y a lo mejor ocurrirá la magia – agregó él.

– ¿Es la primera vez que viene a un taller literario? – preguntó ella, bebiendo el último sorbo de café.

– Primera vez, si. ¿Usted ya ha estado en otros? – devolvió él, limpiándose los labios con una servilleta.

– Yo ya perdí la cuenta – respondió ella, con una risita que controló muy bien para no parecer exageradamente amistosa.

– Debemos irnos, se hace la hora – añadió ella, levantándose de la silla del bar para ponerse su abrigo.

– Tiene razón. Conversando con usted parece que el tiempo vuela – galanteó él sutilmente, e hizo lo mismo que ella.

En el momento que se dirigían hacia la puerta, un mozo se movió rápidamente a sus espaldas y retiró los pocillos de café y las servilletas. Limpió la mesa y acomodó las sillas, volviendo a foja cero la historia de esa mesa, dejándola lista para los próximos clientes.

– Fue buena idea la del café para no tener que esperar en la calle con este viento frío – dijo ella, mientras caminaba ruidosamente por el golpeteo de sus tacos contra las baldosas.

Él sólo sonrió. El ruido del ómnibus que pasó frente a ellos ahogó cualquier otra posible respuesta a un volumen decoroso.

Al salir del taller, Gloria y Víctor volvieron a cruzarse en la puerta. Se sonrieron mutuamente y caminaron hacia la parada del bus.

– ¿Va para el centro? – preguntó Víctor.

– Si. Vivo en el centro. Por eso me tomo el sesenta y cuatro – respondió Gloria.

– No me diga. Mi madre vivió sus últimos años en el centro. Yo voy un poco más lejos, a la Ciudad Vieja – añadió Víctor.

– Siento mucho lo de su madre – dijo Gloria con gesto compasivo, e hizo una pausa.

– Estaba pensando que... – continuó tímidamente, pero interrumpió su parlamento antes de terminar.

– Dígame – respondió rápidamente Víctor, mirándola a los ojos.

– No. No. No vaya a ser que se lo tome usted a mal – respondió Gloria, bajando la mirada como avergonzada.

– Se lo ruego, Gloria – dijo él.

Ella respiró dos o tres veces antes de contestar. Levantó la mirada con lentitud, como si le pesara una tonelada y dijo, sonrosándose:

– Se me ocurrió que a lo mejor podría usted hacer una breve parada, y podría prestarle un libro de Onetti. Así tendría lectura para el fin de semana.

Víctor pareció vacilar. Sonrió cuidadosamente, para no parecer excesivamente alegre, y respondió:

– Me encantaría. Si no es mucha molestia...

La sala de estar tenía una decoración anticuada, pero no de mal gusto. Tomó el libro del estante, y lo puso en la mano de él. La distancia entre ellos nunca había sido tan pequeña.

– Ahora se ha cruzado usted con el libro en el estante – disparó Gloria.

Y la magia ocurrió.

Tres meses después todo parecía tan absurdo... La verdadera magia no habría sido subyugada por el olor a pantuflas y café con leche.

– Nunca leí a Onetti – dijo Víctor, bajando un poco la mirada por vergüenza. – No es verdad – interpuso Carmen, con una mirada capaz de atravesar paredes.

– Le juro que es cierto – respondió Víctor, sonrojándose y guardando silencio.

– ¿Es la primera vez que viene a un taller literario? – preguntó Carmen, e inmediatamente bebió un sorbo de café.

– Si, la primera. ¿Usted ya ha estado en otros?

Agradecimiento

Gracias a todas las personas que con su desinteresado trabajo contribuyen al bienestar de la comunidad, y al progreso de la humanidad.

Esta pequeña contribución no hubiera sido posible, ni hubiese llegado a tus manos, sin el andamiaje construído por una cantidad de heroìnas y héroes anónimos.

[1]Sin perjuicio del reconocimiento y respeto por la forma ucraniana *Kyiv*, en este texto se ha optado por utilizar la forma tradicional en español *Kíev*, en consonancia con el marco histórico de la narración, situada en una época anterior a la disolución de la Unión Soviética. Esta elección responde exclusivamente a criterios de ambientación temporal y no implica posicionamiento político alguno.